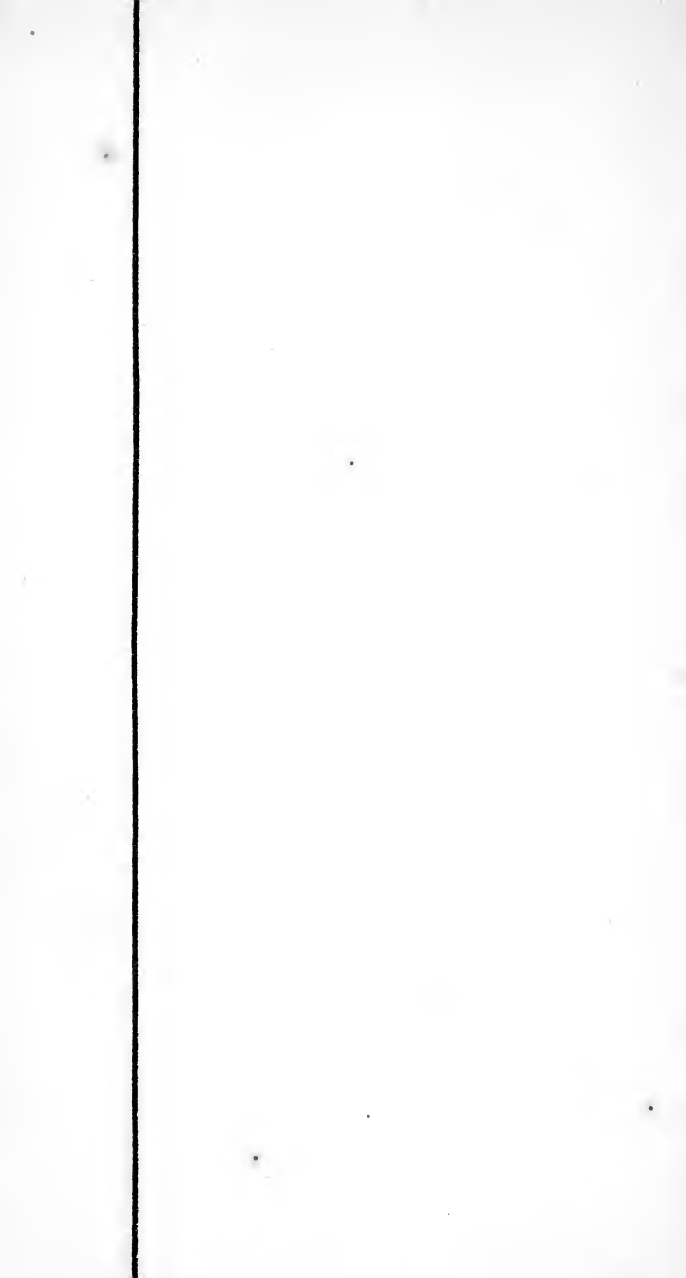


Hijemia  
de

Aulide.

Kavac



**IFIJENIA**  
**EN AULIDE.**

**TRAGEDIA EN CINCO ACTOS**

**COMPUESTA EN FRANCES**

**POR JUAN RACINE**

**TRADUCCION CASTELLANA**

**EN VERSO ENDECASÍLABO**

**POR DOMINGO NAVAS SPÍNOLA.**

*autor venezolano.*



**CARACAS:**

**IMPRESA DE VALENTIN ESPINAL**

**1832.**



# DEDICATORIA.

---

AL SR. DR. JOSE MARIA VARGAS

SU AMIGO

*Domingo Navas Spínola.*

672360

Digitized by the Internet Archive  
in 2011 with funding from  
University of North Carolina at Chapel Hill

# LISTA DE LOS SRES. SUSCRIPTORES.

---

## EN CARACAS.

Excmo. Sr. Presidente de la República,  
José Antonio Paez.

Excmo. Sr. Vicepresidente, Diego Bautista Urbaneja.

**SEÑORES.** General Judas Tadeo Piñango.

Dr. José Domingo Duarte.

Ldo. Juan José Romero.

Dr. Juan Martinez.

General Carlos Soubllette.

Coronel Manuel Muñoz.

Coronel Matias Escuté.

Gregorio Codecido.

Luis Correa.

Francisco Alva.

Diego Pereira.

Cristoval Mendoza.

Antonio Tirado.

Dr. Andres Narvarte.

Juan Antonio Perez.

Ramon Yepes.

Andres Blanco.

Fidel Rivas.

Juan Antonio Ruedas.

Francisco Perez.

Carlos Berrio.

Manuel Agreda.

Santos Michelena.

José Luis Ramos.

Juan de Mata García.

Diego A. Alcalá.

Fernando A. Diaz.

Pedro Casas.

Manuel Echeandia.

José Manuel Landa.

Rafael Dominguez.

José María Rodriguez.

Vicente Lecuna.

Guillermo Smith.

José Lopez Villavicencio.

SEÑORES.

Gerónimo Fernandez.  
Juan Reina.  
José Jesus Mendez.  
José María Francia.  
José Cayetano Carreño (hijo.)  
Jacinto Gutierrez.  
Luis Lopez Mendez.  
Guillermo White.  
José María Pelgron,  
Estanislao Blasco.  
Vicente A. Gil.  
Ignacio R. Morales.  
Comandante Juan Antonio Cepeda.  
Valentin Garmendia.  
Patricio Hanrahan.  
Cristoval Acosta.  
Carlos Tirado.  
Agustin Garcia.  
Jacobo María Chirino.  
Dr. Francisco Javier Yanes.  
Dr. José María Telleria.  
Ldo. Francisco Aranda.  
Dr. Nicolas Anzola.  
Miguel Casas.  
General José Félix Blanco.  
Coronel José Austria.  
Pedro Pablo Diaz.  
Fernando Acosta.  
Juan Nepomuceno Blasco.  
Juan Bautista Carreño.  
Manuel Antonio Carreño.  
José Antonio Carrillo.  
Ramon Diaz.  
José María Ponce.  
Ramon Irazabal.  
José Francisco Requena.  
Luis Alvarez Aliaga.  
José Mauricio Berrisbeitia  
Francisco de Paula Pardo.  
Manuel Ecurra.  
Gerónimo Pompa.  
Clemente Ponte.  
Luis Morales.  
José Cruz Machado.



**SEÑORES.**

Esteban Herrera.  
Miguel Blanco.  
Juan Félix del Corrat  
Eusebio Echezuría.  
Manuel Quintero.  
Basilio Arnal.  
Manuel Vicente Casas.  
Calixto Madrid.  
Guillermo Espino.  
Aniceto Rivero.  
Mariano Salias.  
Juan Pablo Huizi.  
Remigio Armas.  
Mariano Aliaga.  
J. B. de Leon.  
Isidoro Hernandez Bello.  
Raimundo Rendon Sarmiento.  
Félix Domingo Martinez.  
Dr. Santiago Hernandez.  
Licdo. Joaquin Boton.  
Manuel María Diaz.  
José Celedonio Ruiz.  
Tomas Francisco Borjes.  
Juan Bautista Montserrat.  
Isidro Olivares.  
José Antonio Mosquera.  
Carlos F. Bigot.  
Ramon Lozano.  
Emeterio Miranda.  
Eusebio Conde.  
José Maria Velazquez.  
Francisco Hernandez Romero.  
Francisco Mercader.  
Manuel Tamayo.  
Dr. Felipe Fermin Paul.  
Domingo Perez.  
Dr. Pedro Bárcena.  
Dr. Pedro Nuñez Cáseres.  
Claudio Rocha.  
Francisco Sanchez.  
Calixto Leon.  
Tomas Antero.  
Antonio Juan Ochoa.  
Julian Guadalajara.

SEÑORES. Marcos Santana.  
Manuel Eligio.  
Fernando García.  
Rovertó Basalo.  
Dr. Rafael Acevedo.  
Ramon Pereira.  
Ignacio Requena.  
Feliciano Palacios (padre).  
Lino Talavera.  
Zacarías Llaguno.  
Mariano Rodriguez.

EN LA GUAIRA.

General Francisco Carabaño.  
Benito García.  
Domingo Martinez.  
Rafael Mayora.  
Agustin Loinaz.  
Andres Caballero.  
Francisco Rivodó.  
José Cordero.  
José Maria Arrillaga.  
José Soubllette.  
Manuel Vicente Huizi.  
Matias Ascarate.  
Bernardo Ravelo.  
Valentin Salvoch.  
Gabriel Fernandez.  
Nicolas Gil.  
Gonell hermanos.  
P. Ravelo.  
G. bon Button.  
S. Halli.  
Gerónimo Evans.  
J. H. Fleury.  
Esteban Escovar.  
G. Granlich.  
Mateo Romero.  
Robert Liers.  
José Ignacio Zuluaga.  
Pedro José Miranda.  
Martin Landa.  
J. N. Echezuría.

---

## PROLOGO DEL TRADUCTOR.

---

ENTRE los espectáculos, cuya invencion hace mas honor al ingenio humano, obtiene el teatro una merecida preeminencia. Bien se le considere como escuela de política, de oratoria, de fino gusto y de recto modo de pensar; ó bien como un suave vínculo de sociabilidad, ninguno otro hermana en tan sublime grado la utilidad con el deleite. Los grandes ejemplos de patriotismo, y de virtud pública y privada, representados con el espléndido aparato de las decoraciones y de los trages, y animados por una expresiva declamacion, dejan en el corazon de los espectadores impresiones y sentimientos mas vivos, que las frias doctrinas de moral aprendidas en los libros. Feliz el pueblo que, poseyendo un teatro verdaderamente nacional, aleja de su recinto las farsas ridículas, obscenas y groseras por medio de una policia vigilante é inexorable. El arte dramático ha formado en todos tiempos las delicias de los filósofos y literatos, y lo que es mas, aun de aquellos mismos varones ilustres, consagrados enteramente á la religion. Los chistes de Platon recreaban á San Gerónimo, cuando despues de largas vigiliass habia llorado los extravíos de su

juventud\*. Puede asegurarse que la cultura de las naciones ha principiado por esta útil institucion, ó á lo menos, que ella es una prueba inequívoca del estado de su civilizacion. Omitiendo los Chinos, los Japones, los Tunquineses, los Peruanos, los Mejicanos y demas paises, que parecen haber conocido las representaciones teatrales, acordémonos solo de los Griegos y de los Romanos que las elevaron á la mayor gloria y perfeccion, y que corrian á oir con sumo placer las piezas de Esquilo, Sófocles, Eurípides, Menandro y Aristófanes; Pacuvio, Accio, Vario, Séneca, Plauto y Terencio. La dramática, igualmente que las otras artes y ciencias, quedó envuelta por espacio de algunos siglos en las tinieblas de la ignorancia y de la barbarie; pero en el restablecimiento de la literatura fué cultivada por muchos ingenios, y se principió á usar en lengua vulgar hácia el siglo décimoquinto. Los Italianos y los Españoles disputan entre sí la primacía en esta parte, y aunque todavia no se ha decidido la contienda, lo cierto es, que los segundos han servido de maestros á los Franceses, que en el dia no reconocen ni superiores ni rivales en los dominios de Melpomene y de Talía. En efecto Corneille, Racine, Voltaire y Moliere son repu-

\* *Post noctium crebras vijilias, dice, post lacrymas quas mihi præteritorum recordatio peccatorum ex imis visceribus eruebat, Plautus sumebatur in manus.*

tados como los favoritos de aquellas deidades, y han dejado en sus respectivos géneros modelos inimitables. Divididas están las opiniones sobre la tragedia y la comedia, dando los unos la preferencia á aquella y los otros á esta; mas si nos es permitido exponer la nuestra, diremos, que ambas composiciones son de extrema dificultad; y que una buena tragedia prueba un ingenio tan superior, como una buena comedia.

Deseando dedicar á este agradable entretenimiento algunos ratos de ócio, hemos elegido á Racine entre los trágicos, y entre sus producciones la *IFIJENIA*, para ofrecerla al público en lenguaje español. En elogio de esta obra maestra del teatro moderno bastará repetir la egregia expresion de Boileau, esto es, que ella hizo derramar mas lágrimas de los ojos de los oyentes, que las que costó á toda la Grecia junta la *Ifjenia* inmolada en Aulide. Bastaria en suma decir, que Voltaire, ese gran maestro del arte trágico, al leerla por la centésima vez, sentia arrasados sus ojos de lágrimas de admiracion y enternecimiento, sucediéndole lo mismo que á Tito hablando de Berenice:

Depuis cinq ans entiers chaque jour je la vois,  
Et crois toujours la voir pour la premiere fois.

Pero no podemos privarnos del gusto de recorrer ligeramente algunas pocas de sus bellezas.

El sacrificio de *Ifjenia* es célebre en la an-

tigüedad, y suministró á la pintura uno de los mas famosos cuadros. Timantes lo formó, quien despues de haber graduado el dolor en los rostros de todos los asistentes, desesperado de poder pintar el de un padre, representó á Agamenon cubriéndose la cabeza con un velo. La mitología refiere que Diana, apaciguada por la sumision de la víctima, puso en su lugar una cierva, que fué inmolada, trasportando á Ifjenia á la Táuride, donde la hizo su sacerdotiza. Este es el desenlace que adoptó Eurípides, pero que repugna á las ideas, usos y costumbres de la presente edad. Racine inventó el personaje de Erifila, la cual fué sacrificada en lugar de Ifjenia.

La exposicion es feliz, bella, clara é interesante, porque desde los primeros versos sabe el autor excitar la curiosidad, y enternecer los ánimos con los discursos de Arcas y de Agamenon, que sumergido en profundo dolor, no piensa sino en el sacrificio de una hija idolatrada por obedecer la voluntad de los dioses. El interes, la inquietud, se aumentan desde la escena tercera al encontrarse con Aquíles y Ulíses. Redóblase el terror en la siguiente, quando Ulíses trata de persuadir á Agamenon, que el interes de la Grecia exige aquella víctima. Ifjenia aparece desde entónces conducida á la muerte, que debe sufrir sobre el mismo altar donde habia de dar la mano á su amante.

Racine con la sagacidad de su admirable ingenio hace comparecer á Erifila antes de haberse visto á Ifjenia. Si sucediera lo contrario, nadie podria tolerar el personage de Erifila, rival de Ifjenia. La llegada de esta causa despues un prodigioso efecto: vuela á los brazos de su padre á presencia de aquella, ignorando la suerte que le aguarda. Puede afirmarse, que cada escena de este segundo acto es una gradacion maravillosa, y produce tan tiernos y penetrantes sentimientos, que exceden á toda explicacion.

Despues de incidentes manejados con destreza, Clitemnestra, Aquíles é Ifjenia esperan alegres el momento de las nupcias. Erifila está presente, y el contraste de su dolor con la alegría de la madre y de los dos amantes aumenta la belleza de la situacion. Arcas llega entónces á anunciar que todo está pronto, y que Agamenon espera á su hija en el altar, pero que es para sacrificarla. Los cuatro personajes expresan en un solo verso todos sus diferentes sentimientos, y Clitemnestra se postra á los pies de Aquíles.

En el cuarto acto la escena entre Agamenon, Clitemnestra é Ifjenia es todavia superior á cuanto se ha visto antes. Aquel abrumado con el peso del dolor, viene en busca de su hija para llevarla al altar, so pretexto de entregarla al héroe á quien está prometida: la madre

se explica en un lenguaje sublime y terrible, el mas propio de la desesperacion: la hija excita la compasion de su desgracia con discursos patéticos y llenos de nobleza. En otra escena manifiesta Aquíles la fiereza, la indignacion, las amenazas de un héroe irritado, sin que Agame- non pierda nada de su dignidad, y este punto es ciertamente el mas dificultoso: ama á Ifjenia, la considera como su esposa; pero es mucho mas violento que tierno: en una palabra, ama como Aquíles debe amar.

Ifjenia es el personage mas interesante de toda la pieza. Sostiene hasta el fin el carácter sensible y generoso que ha mostrado. Segura de la ternera de su padre, que hace el último é inútil esfuerzo para hacerla partir secretamente con Clitemnestra, viendo todo el ejército conjurado contra sí, se resuelve á morir: consuela á su madre desesperada: le recuerda la infancia de Oréste: expresa los sentimientos mas amables: resiste á su mismo amante, que quiere defenderla: le representa la gloria que va adquirir delante de Troya: en suma, manifiesta una mezcla de heroismo y sensibilidad propia de la tragedia, y temperando con ideas consoladoras un sentimiento capaz de consternar y destrozar el corazon, excita la admiracion, y hace aun mas dulce la piedad y el enternecimiento.

El personage de Erifila, aunque verdadera-



mente episódico, va continuamente ligado á la pieza, donde es necesario para el desenlace sin valerse de lo maravilloso de la fábula, porque el autor no podia sustituir una cierva á Ifjenia, como pudo hacerlo Eurípides. El papel de Eri-fila está concebido con tal destreza, que tiene el grado de interes propio de cada personage: su conducta motivada por la pasion es bastante odiosa, y no se siente mucho verla perecer en lugar de Ifjenia, á quien ha querido perder. El poeta satisface al espectador de todos modos, y un desenlace feliz es la perfeccion de una tragedia.

La catástrofe se halla en narracion, y no en accion, y aquí se conoce la habilidad de Racine. Hay cosas que producen mas efecto presentadas á la imaginacion que á los ojos, y tal es el sacrificio de Ifjenia, que aparecerá hermoso en un cuadro ó en una relacion, mas no sobre la escena. Ademas, la muerte de Eri-fila ejecutada al vivo, en vez de conmovier los corazones los pondria helados, porque no debe exponerse á la vista la muerte de un personage secundario, sino la de aquel por quien nos sentimos vivamente interesados. El grande arte de Racine la sostiene hasta el cuarto acto; pero luego que Ifjenia se halla en peligro, Eri-fila se olvida, y no causaria mas impresion que la cierva de Diana.

Digamos, pues, que la accion de esta trage-

dia es extraordinaria é interesante: que su unidad de accion se conserva inviolablemente, y que cada incidente contribuye á sus progresos: que el carácter de la protagonista está delineado con maestría, y los demas tienen una variedad y exactitud perfectamente sostenidas: que el desenlace preparado insensiblemente de antemano, se verifica por medios probables y naturales, es sencillo y patético: que están bien observadas las demas unidades de tiempo y de lugar; en fin, que la *Ifjenia* debe reputarse como la obra mas perfecta de que es capaz el espíritu humano.

Réstanos hablar del estilo y lenguaje. ¡Pero como es posible que en esta materia sean jueces competentes unos extrangeros, por mas hábiles que se les suponga en el idioma nativo del autor? Desconfiados de nuestros escasos conocimientos, y sirviendo solo de éco á los literatos franceses, diremos siguiendo su opinion: que Racine elevó la lengua francesa á un grado eminente de elegancia y de pulcritud: que todos le proclaman *el poeta del corazon*: que su versificacion posee aquella armonía imitativa, aquella melodía encantadora que se admira en Virgilio y en otros clásicos de la antigüedad, y que reúne la elevacion, la nobleza y la magestad propias del estilo trágico.

Si es difícil la traduccion en prosa de un escritor prosáico, y mucho mas la de un poeta en

verso, cuanto no lo será la de un poeta tal como Racine? Aunque el español posea calidades sumamente preciosas, su índole, construcción, idiotismos y prosodia son muy diferentes de los del francés, y aunque se penetren á fondo el espíritu y sentimientos del original, nunca se logrará expresarlos con todo acierto en una lengua sujeta á distintas reglas métricas. Parece que estas dificultades debieran haber arre- drado al traductor en su empresa; pero ardiente apasionado de Racine, y entusiasta admirador de la *Ifjenia*, las ha puesto en olvido, deseando únicamente que en el teatro de esta capital llegue á representarse esta interesante tragedia, y dejando á mejores talentos el encargo de hacer una traducción mas digna de aquel inmortal ingenio, y del aprecio y aceptación de nuestros ilustrados compatriotas.



## ACTORES.

---

AGAMENON.

AQUILES.

ULISES.

CLITEMNESTRA, esposa de Agamenon.

IFIJENIA, hija de Agamenon.

ERIFILA, hija de Helena y de Theseo.

EURIBATES, }  
ARCAS       , } domésticos de Agamenon.

EJINA, dama de la comitiva de Clitemnestra.

DORIS, confidente de Erifila.

GUARDIAS.

La escena es en Aulide, y en la tienda de Agamenon.

# IFIJENIA.

---

## ACTO PRIMERO.

---

### ESCENA PRIMERA.

*Agamenon, Arcas.*

AGAMENON.

Sí, soy Agamenon, es tu monarca  
Quien ha venido á interrumpirte el sueño.  
Acércate, mi voz oye y conoce.

ARCAS.

Sois vos, Señor! Que interesante empeño  
Os ha obligado á prevenir el alba?  
Del nuevo día un lánguido reflejo  
Apenas os alumbra y me conduce,  
Y en toda Aulide solamente abiertos  
Vuestros ojos se encuentran y los míos.  
Por ventura en el aire algún estruendo  
Habeis oído? ó bien se habrán prestado  
Los vientos esta noche á nuestros ruegos?  
Mas la armada y los vientos y Neptuno,  
Todo enmudece, todo está durmiendo.

AGAMENON.

Feliz aquel que en su fortuna humilde  
Mira todos sus votos satisfechos!  
Y libre de ese yugo esplendoroso  
A cuyos lazos mi cerviz someto,  
Pasa la vida en el oscuro estado  
En que oculto los dioses le pusieron!

De cuando acá, Señor, ese lenguaje?  
Colmado de poder, por qué secreto  
Baldon los dioses, siempre á vos propicios  
Y prontos á cumplir vuestros deseos,  
Hacen que ingrato aborrezcais sus dones?  
Ademas de que os veis á un mismo tiempo  
Monarca, padre, fortunado esposo  
E hijo tambien del poderoso Atreo,  
Sois posesor de la region mas rica  
De cuantas tiene el continente griego.  
Del linage de Júpiter nacido  
Por todas líneas, aun el himeneo  
A uniros vuelve á la divina stirpe.  
Aquíles, finalmente, ese mancebo  
Por oráculos tantos ensalzado,  
Y á quien tantos prodigios guarda el cielo,  
A vuestra hija pretende, y determina  
Prender de Troya en el voraz incendio  
De tan noble himeneo el hacha sacra.  
Y que gloria, Señor, ó que trofeos  
Pueden ser justamente comparados  
Con esos tan magníficos objetos  
Que á vuestra vista ostenta la ribera:  
Con esos mil navíos, que suspensos  
Con veinte reyes que á su bordo tienen,  
Para levar las áncoras, el viento  
Y vuestro real mandato solo esperan?  
Y aunque una calma dilatada, es cierto,  
Que os hace retardar vuestras conquistas,  
Pues los vientos por tres meses enteros  
En la region mas alta encadenados  
De Troya ha tiempo que os mantienen lejos;  
Reparad que sois hombre, sin embargo  
De tantos honoríficos empleos;  
Y que mientras vivais la suerte varia

Otorgaros no puede un bien perfecto.  
 En breve.... Pero que calamidades  
 Contiene ese billete, pues advierto  
 Que os hace derramar amargo llanto?  
 Se halla, Señor, en inminente riesgo  
 De vuestro tierno Orestes la existencia?  
 Será que acaso Clitemnestra ha muerto?  
 O llorais á la jóven Ifijenia?  
 Que es eso que os escriben? Sí, yo espero  
 Que os dignareis hacerme esta confianza.

AGAMENON (distruido).

No, tú no morirás; no, yo no puedo  
 Consentirlo.

ARCAS.

Señor...

AGAMENON.

Ya has advertido  
 Mi turbacion; pues bien, ahora atento  
 La causa escucha, y juzga si al reposo  
 En mi actual situacion prestarme debo.  
 Bien te acuerdas del dia que en Aulide  
 Reunidos, parecia que los vientos  
 Estaban convidando nuestras naves.  
 Partimos y con gritos de contento  
 Dirigiamos ya mil amenazas  
 A las troyanas costas desde lejos.  
 Mas impuso silencio á este alborozo  
 El prodigio mas raro y estupendo,  
 Pues el viento, que así nos lisonjeaba,  
 Súbitamente nos faltó en el puerto.  
 Forzoso fue esperarnos, porque en vano  
 Al mar inmóvil fatigaba el remo.  
 A la divinidad que aquí se adora  
 Me obligó á dirigirme aquel portentoso,  
 Inaudito hasta entónces; y seguido  
 Solo de Ulíses, Menelao y Néstor

Privado sacrificio hice en sus aras.  
 Mas cual fué su respuesta! Y á qué extremo  
 Reducido quedé, cuando por Cálcas  
 Percibí declarado este concepto!  
*Levantais contra Troya inútil fuerza,*  
*Si en sacrificio célebre y cruento*  
*Del linage de Helena una doncella*  
*A Diana no ofreceis en este templo.*  
*Inmolad á Ifigenia, y de este modo*  
*Los vientos obtendreis, que os niega el cielo.*

ARCAS.

A vuestra hija!

AGAMENON.

Atónito cual puedes  
 Imaginarlo, helárseme en el cuerpo  
 Al instante sentí toda la sangre.  
 Perdí la voz, y solamente á esfuerzos  
 De mil sollozos pude recobrarla.  
 Culpé á los dioses, é hice juramento,  
 Sobre sus aras, sin oír mas nada,  
 De negar mi obediencia á su precepto.  
 Ah! que no hubiese yo seguido entónces  
 De mi amor cuidadoso los consejos.  
 Quise en el acto despedir la armada,  
 Y á mi opinion Ulíses asistiendo  
 Mas solo en apariencia, no se opuso  
 Al torrente del ímpetu primero.  
 Pero poco despues me hizo presente,  
 A su cruel industria recurriendo,  
 La patria y el honor amancillados,  
 El total abandono de los pueblos,  
 Esos reyes que á mí se han sometido  
 Y el asiático imperio, que los Griegos,  
 En mi promesa descansando, esperan.  
 Con qué cara, me dijo, á envejeceros  
 Ireis á vuestra casa, rey sin gloria,



Despues de haber cumplido el pensamiento  
 De inmolar el estado á vuestra hija.  
 Yo mismo, no sin pena lo confieso,  
 Sentia, en mi poder embelesado,  
 Y de mi dignidad suprema lleno,  
 Que de mi corazon la vanagloria  
 Halagaban los nombres lisonjeros  
 De rey de reyes y de Grecia gefe.  
 Para mayor desgracia, en el momento  
 Que un breve sueño á mis disgustos daba  
 Alguna tregua, el sanguinoso fuero  
 De sus aras vengando las deidades,  
 A declararme cada noche reo  
 De mi piedad sacrílega venian;  
 Y á mi turbado espíritu ofreciendo  
 El rayo, ya la diestra levantada,  
 Amenazaban mi contrario empeño.  
 Cediendo, Arcas, y hallándome vencido  
 Por ese Ulíses, con dolor acerbo  
 Determiné el suplicio de mi hija.  
 Pero era indispensable que del seno  
 De una madre pudiese arrebatarla.  
 A que artificio, amigo, tan funesto  
 Me fué preciso recurrir entónces!  
 Aquíles la ama, y su lenguaje empleo.  
 A Argos, para abreviar el viage, escribo,  
 Que obligado á partir este guerrero  
 Con nosotros, rever á mi hija quiere,  
 Lograr su mano, y despedirse luego.

ARCAS.

Y no temeis al impaciente Aquíles?  
 Quereis acaso que callado y quieto  
 Os permita abusar ese héroe, armado  
 De la razon y del amor á un tiempo,  
 De su nombre para ese asesinato?  
 A su amante verá inmolar sereno?

## AGAMENON.

Ausente Aquíles, pues harás memoria  
Que su padre Peleo, previniendo  
Los conatos de un próximo enemigo,  
Le habia preceptuado su regreso  
De estas riberas, era muy probable,  
Arcas, que aquella guerra por lo menos  
Hubiese prolongado mas su ausencia.  
Mas quien podrá poner impedimento  
En su rápido curso á ese torrente?  
Aquíles va á buscar combates fieros,  
Y sin pararse la victoria obtiene;  
Y de su fama en pos anoche ha vuelto,  
Ya vencedor, á unirse con la armada.  
Pero son otros lazos mas estrechos  
Los que mis manos atan y contienen.  
Una hija que se acerca, que corriendo  
Viene á encontrar su muerte, que distante  
De sospechar un fallo tan severo,  
Tal vez se jactará de mis finezas.  
Mi hija.... ese nombre solo, cuyos fueros  
Son tan santos, su juventud, mi sangre....  
No tengo compasion de nada de eso.  
Me compadezco sí de mil virtudes,  
Del recíproco amor que nos tenemos,  
De su piedad igual á mi terneza,  
De su inmutable y muy cordial respeto,  
A que premio mejor habia ofrecido.  
No, no creo que apruebes, justo cielo.  
El furor de este horrible sacrificio.  
Sin duda tus oráculos quisieron  
Probarme, mas si osase consumarle,  
Tú me castigarias sin remedio.  
Solo tú me has debido esta confianza,  
Arcas, y ahora tu prudente zelo  
Mostrarme debes. Sabes que la reina,

Tu lealtad en Esparta conociendo,  
 Te dió el lugar que tienes á mi lado.  
 Toma esta carta. Sal, corre á su encuentro  
 Y prosigue el camino de Micena  
 Sin detenerte; pero en el momento  
 Que la viéres, impídele que siga,  
 Entregando en su mano desde luego  
 Este papel, que de escribir acabo.  
 Mira no te desvíes del sendero,  
 Un conductor fiel lleva contigo,  
 Pues si mi hija de Aulide pisa el suelo,  
 Su muerte viene á ser inevitable.  
 Cálcas, que aquí la espera, nuestros duelos  
 Hará callar, y que los dioses hablen.  
 La religion, mostrándonos su ceño,  
 Será del Griego tímido acatada.  
 Por otra parte, renovando aquellos,  
 Cuya ambicion con mi esplendor se irrita,  
 Todas sus pretensiones y manejos,  
 Acaso lograrán arrebatarme  
 Un poder, que les debe ser molesto....  
 Ve, líbrala, te digo, de mí mismo,  
 De mi propia flaqueza; mas te advierto,  
 Que un indiscreto zelo no te mueva  
 A revelar mi fatal secreto.  
 Que mi hija, si es posible, nunca sepa  
 El peligro á que yo la hubiera expuesto,  
 Y que en su engaño viva eternamente.  
 De una furiosa madre los lamentos  
 Evítame, y acuerda tu relato  
 De lo que escrito va con el contexto.  
 Para hacer que se vuelvan agraviadas  
 Hija y madre, les digo, que de intento  
 Aquíles ha variado; hasta su vuelta  
 Las nupcias, por que ansiaba, difiriendo.  
 Tú puedes añadir, que sordamente

Se atribuye de Aquíles el despego,  
 A Erifila, esa jóven que se trajo  
 El mismo prisionera desde Lésbos,  
 Y junto á mi hija se custodia en Argos.  
 Esto basta, callar importa el resto.  
 Ya el dia crece, nos alumbra é hiere,  
 Ya tambien alguien viene, ruido siento.  
 Aquíles es, despeja, parte. Dioses!  
 Ulíses le acompaña.

## ESCENA II.

*Aquíles, Ulíses, Agamenon.*

AGAMENON.

Como es esto!

Qué, Señor! A Aulide la victoria  
 Os reconduce con tan pronto vuelo?  
 Así ensayais vuestro naciente brio?  
 Cuantos triunfos debemos prometernos  
 En vista de sucesos tan insignes!  
 Los dominios tesálicos sujetos  
 O aplacados, y aun Lésbos conquistada  
 Al esperar la armada, timbre eterno  
 Fueran de otro valor, y solamente  
 Son de Aquíles ocioso, pasatiempos.

AQUILES.

Honrad menos, Señor, mi ruin conquista.  
 Pueda el cielo, á quien place detenernos  
 En estas costas, ordenar que un campo  
 Mas bello y dilatado en breve abierto  
 Quede á mi corazon, estimulado  
 Por ese rico y tan honroso prémio  
 Con que os habeis dignado lisonjearle.  
 Mas en tanto, Señor, que es lo que debo  
 Inferir de un rumor que me sorprende

Y colma de placer? Con que en efecto  
 Os habeis ya servido anticiparme  
 De mis votos el éxito halagüeño?  
 Con que en breve seré de los mortales  
 El mas dichoso? Dicen que, debiendo  
 Ser á Aulide Ifjenia conducida,  
 A su suerte unirá la mia presto.

AGAMENON.

Mi hija! quien os ha dicho que traída  
 Debe aquí ser?

AQUILES.

Señor, que tiene empero  
 Ese rumor que sorprenderos deba?

AGAMENON á Ulises.

Justo cielo! si acaso estará impuesto  
 De mi fatal ardid?

ULISES.

No sin justicia

Agamenon se admira, á lo que entiendo.

En los males que á todos nos aquejan  
 Por ventura pensais? Qué tiempo, o cielo!

Escogeis vos, Señor, para unas bodas?

Mientras que el mar, constantemente adverso

A nuestras naves, en la Grecia entera

Ocasiona inquietudes y recelos,

Y aniquilando va nuestras escuadras:

Cuando sacrificar tal vez debemos

Alguna sangre, y sangre muy preciosa,

Para ver si logramos á lo menos

Aplacar de los dioses la inclemencia;

Aquíles solo, Aquíles con desvelo

A los cuidados de su amor se aplica!

Será acaso, que mira con desprecio

El público temor? O bien quisiera

Que el gefe de los Griegos, ofendiendo

A los hados, la pompa y los festines

Viniese á preparar de un himeneo ?  
 Ah, Señor ! es así que sois sensible,  
 Que os doleis de los males de los Griegos,  
 Y que sabeis amar á vuestra patria ?

AQUILES.

En los campos de Frijia los efectos  
 Darán á conocer quien mas la amare  
 Entre Ulíses y yo. En tanto os dejo  
 Ostentar vuestro zelo. Con descanso  
 Podeis hacer por ella vuestros ruegos.  
 Cubrid de sangre y dones los altares :  
 Vos mismo de las víctimas atento  
 Examinad las lívidas entrañas ;  
 Y de esta larga calma de los vientos  
 Preguntadles la causa. A mí, que á Cálcas  
 Semejante cuidado le reservo,  
 Permitidme, Señor, sí, permitidme,  
 Que corra á festinar un himeneo  
 De que los dioses no podrán airarse.  
 Y pues que me arrebatara un ardimiento,  
 Que no es posible permanezca ocioso,  
 Con los Griegos en este mismo puerto  
 Dentro de poco volveré á juntarme ;  
 Y tendria bastante sentimiento  
 Si algun otro guerrero el pie pusiese  
 En las troyanas costas el primero.

AGAMENON.

Por qué razon, o cielo ! á tales héroes  
 Han de cerrar tus celos encubiertos  
 El camino del Asia ? Habré yo visto  
 Solamente brillar tan noble aliento  
 Para mayor dolor al retirarme.

ULISES.

Dioses ! qué oigo ?

AQUILES.

Qué osais decir con eso ?

AGAMENON.

Que ya es forzoso, príncipes, forzoso  
 Que nuestra retirada ejecutemos ;  
 Pues ha muy largo tiempo que esperamos,  
 A vanas esperanzas dando asenso,  
 Los vientos, que no obstante, se nos niegan.  
 El cielo á Troya ciertamente ha puesto  
 Bajo su proteccion, y sus enojos  
 Vedándonos están con mil agüeros  
 Buscar los medios de pisar sus playas.

AQUILES.

Cuales son los anuncios tan siniestros  
 Que del cielo la cólera nos muestran ?

AGAMENON.

A vos mismo podeis pedir consejo  
 Sobre lo que de vos tiene predicho.  
 Para qué lisonjearnos ? Ya sabemos  
 Que las deidades tienen acordado  
 A vos solo de Ilion el rendimiento ;  
 Mas se sabe tambien que no os conceden  
 Tan admirable triunfo, sino á precio.  
 De perecer en los troyanos campos,  
 Debiendo vuestra vida ser en ellos  
 Segada en flor, al paso que seria  
 Feliz y dilatada en otro suelo.

AQUILES.

Con que así tantos reyes, congregados  
 Para vengaros, volverán cubiertos  
 De oprobio eterno ! y París asimismo,  
 Logrando el triunfo de su amor protervo,  
 De vuestra esposa retendrá á la hermana  
 Con toda impunidad !

AGAMENON.

Qué ! vuestro esfuerzo,  
 Que nos ha prevenido, de venganza  
 No ha sabido dejarnos satisfechos ?

Las desgracias de Lésbos, asolada  
 Por vuestra mano, á todo el mar Ejeo  
 Asustan todavia. Troya misma  
 La llama viera, y la ola hasta sus puertos  
 Las ruinas y los muertos ha arrojado.  
 Mas qué digo, Señor? No solo es eso.  
 Los Troyanos sin duda de otra Helena  
 La pérdida tambien están sintiendo :  
 De aquella prisionera, que á Micena  
 Habeis enviado, pues á lo que creo,  
 Esa jóven beldad en vano oculta  
 Lo que descubre su carácter fiero ;  
 Y su mismo silencio, delatando  
 Su noble estirpe, nos está diciendo,  
 Que una ilustre princesa nos encubre.

AQUILES.

No, muy ingeniosos son esos rodeos.  
 Os considero en realidad distante  
 De penetrar del cielo los misterios.  
 A mí me detendrán vanos amagos !  
 Y del honor que tras los pasos vuestros  
 Esperándome está, me apartaria !  
 Las parcas, es verdad, lo predijeron  
 A mi madre, al instante que admitido  
 Un esposo mortal fuera en su lecho.  
 Se dice que escoger se me permite,  
 O largos años de esplendor agenos,  
 O una breve existencia, que seguida  
 Ha de ser de un renombre duradero.  
 Mas como al fin mi muerte es necesaria,  
 Querré yo, de la tierra inútil peso,  
 Y demasiado avaro de la sangre  
 De aquella diosa, á quien la vida debo,  
 Ir á esperar una vejez oscura  
 En el paterno hogar ; y, siempre huyendo  
 La senda de la gloria, ningun nombre



Dejar tras mí, muriendo todo entero?  
 Ah! no inventemos mas esos estorbos,  
 Que tan indignos son de nuestros pechos.  
 Habla el honor! Pues basta. Sí, que sea  
 El solo nuestro oráculo. Los dioses  
 De nuestras vidas soberanos dueños  
 Sin duda son; empero nuestra gloria  
 No está, Señor, sino al arbitrio nuestro.  
 Para qué con sus órdenes supremas  
 Hemos de atormentarnos? En hacernos  
 Inmortales tambien, como ellos mismos,  
 Unicamente trabajar debemos.  
 Que rueda la fortuna enhorabuena,  
 Y nosotros corramos á los puestos  
 Donde el honor nos llama, y nos promete  
 Un destino tan grande como el de ellos.  
 Están en Troya? Pues á Troya corro;  
 Y aunque mas se me anuncie, solo un viento,  
 Que me conduzca allá, pido á los dioses.  
 Y por fin en el caso mas estrecho  
 De sitiaria yo solo, yo y Patroclo  
 A vengaros, Señor, nos partiremos.  
 Pero no, que los hados la han librado  
 En vuestras manos; y en verdad no anhele  
 Sino al único honor de acompañaros.  
 Ni ya tampoco que aprobeis pretendo  
 De mi amor los trasportes, que á desviarme  
 De estas riberas iba; pues inquieto  
 Aun ese mismo amor por vuestra fama,  
 Me prescribe, que ahora con mi ejemplo  
 Dé ánimo á la armada, y me prohíbe  
 Dejaros á merced de los consejos,  
 Con que alguno pretende intimidaros

## ESCENA III.

*Agamenon, Ulises.*

ULISES.

Le habeis oido, Señor, está resuelto  
 A continuar veloz y á toda costa  
 Su viaje á Troya. Si su amor tememos,  
 Por un feliz error ese amor mismo  
 Contra él sus armas nos está ofreciendo.

AGAMENON.

Ay de mí!

ULISES.

Qué inferir de ese suspiro?  
 Será tal vez del paternal afecto,  
 Contra vos revelado, alguna queja?  
 Parten del corazon los sentimientos  
 Que acabais de expresarnos? Una noche  
 Trastornado os habrá? Podré creerlo?  
 Sois deudor á la Grecia de vuestra hija:  
 Nos la habeis prometido, ved bien esto;  
 Y Cálcas, descansando en tal promesa,  
 No cesa de anunciar á nuestros Griegos,  
 Por quienes diariamente es consultado,  
 El retorno infalible de los vientos.  
 Si el efecto es contrario á sus anuncios,  
 Pensais que Cálcas guarde mas silencio;  
 Y dejen, sin culparos, sus querellas,  
 Que querreis aplacar con vano empeño,  
 Aparecer los dioses mentirosos?  
 Y quien sabe tampoco los excesos  
 A que serán los Griegos conducidos  
 Por un enojo, justo en su concepto,  
 Si se ven de su víctima privados?  
 No os expongais á reducir un pueblo  
 A fallar entre vos y las deidades,

Y mas si de furor se encuentra ciego.  
No sois vos finalmente, quien á todos  
Con el mas reiterado llamamiento  
Del Janto á las orillas nos convoca;  
Y que certificais los juramentos  
De ciudad en ciudad, que en otros dias  
Los amantes de Helena hubieran hecho,  
Cuando en tropel á Tindaro, su padre,  
Casi todos los Griegos la pidieron,  
Rivales esa vez de vuestro hermano?  
Juramos desde entónces los derechos  
Defender de cualquier feliz esposo  
Que consiguiese resultar electo;  
Y tambien le ofrecimos la cabeza  
De otro cualquiera, que el atrevimiento  
Tuviese de robarle su conquista.  
Pero, á no ser por vos, qué miramientos  
Pudiéramos tener por ese voto,  
Que nos dictó el amor, ya de él exentos?  
Solo vos, apartándonos de amores  
Mas recientes, haceis que abandonemos  
A nuestros tiernos hijos y consortes.  
Y cuando á estos lugares concurriendo  
De todas partes, el honor tan solo  
De vengaros, Señor, nos proponemos:  
Cuando al daros la Grecia su sufragio,  
Os presta ya su reconocimiento  
Como al autor de una obra tan insigne;  
Y sus reyes al paso que pudiendo  
Disputaros el rango, por serviros,  
A derramar su sangre están dispuestos;  
Agamenon, él solo, rehusando  
La victoria, á comprar honor tan bello  
Con un poco de sangre no se atreve;  
Y abandonado desde luego al miedo  
Nos manda solo para despedirnos?

AGAMENON.

Ah, Señor! fácilmente vuestro pecho  
 Magnánimo se muestra, por no hallarse  
 A la desgracia que me oprime expuesto.  
 Mas si viéseis cercano de las aras  
 A vuestro hijo Telémaco, cubierto  
 Con la venda mortal, en ese punto  
 Os viéramos, atónito al aspecto  
 De esa imágen horrible, en llanto amargo  
 Convertir un lenguaje tan soberbio,  
 Correr á echaros entre el hijo y Cálcas,  
 Y sentir el dolor que experimento.  
 Mi palabra, Señor, está empeñada  
 Vos lo sabeis muy bien; y así me presto  
 De mi hija al sacrificio, si ella viene.  
 Mas si en Argos, no obstante mis aprestos,  
 La retuviese su feliz destino,  
 O la para en el tránsito, viniendo,  
 Permitidme, que lejos de afanarme  
 Por tan cruel espectáculo, el evento  
 En beneficio de mi sangre explique;  
 Y que aceptar por mi hija ose á lo menos  
 La ayuda de otro dios mas apacible,  
 Que cuide de su vida. Mas imperio  
 Vuestros consejos sobre mí han tenido  
 De lo que fuera justo, y me avérgüenzo....

## ESCENA IV.

*Agamenon, Ulises, Euribates.*

EURIBATES.

Señor.....

AGAMENON.

Ah! que es lo que á decirme vienen?

EURIBATES.

La reina á quien adelantado vengo,

Breve pondrá su hija en vuestros brazos.  
 Ya no tarda. Perdida un corto tiempo  
 Estuvo en ese bosque, que parece  
 Cerrar la entrada del acampamento;  
 Y entre sus densas sombras, no sin pena,  
 Otra vez encontramos el sendero  
 De que ya nos habíamos desviado.

AGAMENON.

Cielo !

EURIBATES.

..... Tambien en su acompañamiento  
 Aquella jóven Erifila trae  
 Que Aquíles hizo prisionera en Lésbos,  
 La cual á preguntar á Cálcas viene  
 Su destino, que dice, le es incierto.  
 Ya es notoria la nueva de su arribo ;  
 Y un tropel de soldados placenteros,  
 Sobre todo admirando de Ifigenia  
 La belleza, mil súplicas al cielo  
 Dirije por su próspera fortuna.  
 Los unos respetuosamente en cerco  
 A la reina tenian : de su viage  
 Me preguntaban otros el objeto ;  
 Mas todos confesaban, que si nunca  
 Sobre el trono los dioses erigieron  
 A mas glorioso rey, ni que haya sido  
 A par de vos favorecido de ellos ;  
 Jamas tampoco fué padre ninguno  
 Mas dichoso que vos.

AGAMENON.

Basta con eso.

Bien podeis retiraros, Euribates.  
 Me toca, y voy á meditar el resto.

## ESCENA V.

*Agamenon, Ulises.*

AGAMENON.

Justo cielo ! es así que asegurando  
Tu venganza, los medios has deshecho  
De mi vana prudencia ! Si siquiera,  
Aun libre en mi desgracia, algun consuelo  
Pudiera dar á mi dolor el llanto !  
O reyes ! que destino tan funesto !  
De los rigores de la suerte esclavos  
Y del concepto público, nos vemos  
Sin cesar acosados de testigos ;  
Y los mas infelices osan menos  
Manifestar con lágrimas su angustia.

ULISES.

Yo soy padre, Señor, y me confieso  
Débil como cualquiera. Sin violencia  
Mi corazon se pone en vuestro extremo,  
Y temblando del golpe que os obliga  
A suspirar así, me hallo muy lejos  
De improbar esas lágrimas, y cerca  
De verterlas tambien. Mas vuestro afecto  
Ya no tiene legítimas excusas,  
Pues los dioses su víctima trajeron  
A Cálcas, quien lo sabe, y quien la espera ;  
Y si mira que tarda, no dudemos  
Que venga él mismo á reclamarla á gritos.  
Solos estamos aun por el momento.  
Apresuraos á verter el llanto,  
A que os provoca un interes tan tierno.  
Lamentad esa sangre, sí lloradla ;  
O mas bien contemplad firme y sereno  
La gloria que seguirse de ella debe.  
Ved convertido bajo nuestros remos

En arjentada espuma el Helesponto,  
La falsa Troya abandonada al fuego,  
A esclavitud sus pueblos reducidos.  
Humillado ante vos el padre de Héctor,  
Y á su consorte restituida á Helena  
Por vuestra mano : ved con vos ya vueltos  
Vuestros bajeles á esta misma Aulide,  
Sus popas coronadas de trofeos,  
Y esa feliz victoria finalmente,  
Que va á ser en los siglos venideros  
De eternas conferencias el asunto.

AGAMENON.

De mis conatos la impotencia veo.  
Ya me rindo, Señor, y la inocencia  
Tiranizar por las deidades dejo.  
No teneis que esperar. Dentro de poco  
Irá tras vos la víctima á su puesto.  
Pero entretanto haced callar á Cálcas;  
Y á ocultar ayudándome un misterio  
Tan infausto, dejadme que á una madre  
De las aras desviar pueda á lo menos.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

---

**ACTO SEGUNDO.**

---

**ESCENA PRIMERA.***Erifila, Dóris.*

ERIFILA.

Retirémonos, Dóris, porque puede  
Causarles embarazo nuestra vista.  
En los brazos de un padre y de un esposo  
Dejémoslas ; y en tanto que se explica  
Su amor á competencia, queden libres  
Mi tristeza igualmente y su alegría.

DORIS.

Qué, Señora ! es posible que agravando  
Siempre vuestro dolor, esteis creída  
De ver motivos de llorar en todo ?  
Bien sé que nada place á una cautiva,  
Y que no la acompaña gusto alguno  
En sus cadenas. Pero todavía,  
En el tiempo fatal en que los mares  
Atravesamos, sin querer, seguidas  
Del vencedor de Lésbos, y en su nave,  
Tímida prisionera, á ese homicida  
Mirábais ante vos, podré decirlo ?  
No tan copiosas lágrimas vertian  
Vuestros ojos, y menos ocupados  
Estaban en llorar vuestras desdichas.  
Y al presente, que todo os lisonjea :  
Que la amable Ifigenia á vos unida  
Con sincera amistad, os compadece,



Y con un interes de hermana os mira :  
 Que con demostraciones mas afables  
 No seriais tratada en Troya misma :  
 Que quereis ver la Aulide do su padre  
 Manda que venga, y en su compañía  
 Os acaba de ver llegar la Aulide,  
 Una suerte, que me es desconocida,  
 Vuestra congoja acrece por instantes ?

ERIFILA.

Pero qué ! te parece que Erifila  
 Deba mirar tranquila su contento,  
 Estando á la desgracia reducida ?  
 Te persuades que deben disiparse  
 Mis penas al aspecto de una dicha  
 De que gozar no puedo ? Entre los brazos  
 De su padre Ifjenia es recibida ;  
 Y ella forma tambien por otra parte  
 Todo el orgullo de una madre altiva.  
 Pero yo, siempre expuesta á nuevos riesgos,  
 Desde la cuna á extraños cometida,  
 Tengo y veo la vida que respiro,  
 Sin que padre ni madre una sonrisa  
 Se haya jamas dignado dispensarme.  
 No sé quien soy : Por colmo de ignominia  
 Un oráculo horrible me condena  
 A durar en mi error mientras exista ;  
 Pues cuando quiero investigar mi estirpe,  
 Dice, que solo á precio de mi vida  
 Me será permitido conocerme.

DORIS.

No, no ceseis por nada de inquirirla.  
 Un oráculo siempre se complace  
 En ocultarse, y siempre nos indica  
 Un sentido bajo otro diferente.  
 Todo el peligro que temeis, seria,  
 Dejar un falso nombre por el vuestro ;

Y acaso debe ser así entendida  
Esa muerte. Pensad que vuestro nombre  
Fue cambiado en la infancia.

ERIFILA.

Esa noticia,  
Es la única que tengo de mi suerte.  
Lo demas solamente lo sabia  
Vuestro padre, testigo infortunado,  
Quien no quiso franquearse á mis pesquisas.  
Ay de mí! que segun me aseguraba,  
Yba á serme mi gloria restituida  
En Troya, que me estaba ya aguardando.  
Allí reconocer en mí debia  
La sangre de los reyes mas insignes,  
Recobrando mi nombre, y constituida  
En mi rango. Mas cuando ya á lo lejos  
Esa ciudad famosa descubria,  
El cielo lleva al inclemente Aquíles  
A Lésbos, donde todo participa  
De su fatal esfuerzo, y se le rinde.  
Tu padre en medio del combate espira,  
Dejándome en cadenas, y á mí propia  
Para mayor dolor desconocida.  
Esclava miserable de los Griegos,  
Ya de tantas grandezas consentidas,  
Conservar la fiereza apenas puedo  
De una estirpe de pruebas destituida.

DORIS.

Al miraros, Señora, sin la ayuda  
De un testigo tan fiel, ah! cuan impía  
Os debe parecer aquella mano  
Que os le ha quitado! Aquí, no obstante, habita  
El afamado Cálcas, á quien siempre  
Los dioses sus arcanos comunican.  
El mismo cielo le habla muchas veces,  
Y claramente ve con tal doctrina

Todo lo que ha pasado y lo futuro.  
 Podrá ignorar á quienes es debida  
 Vuestra existencia? El campamento mismo  
 De protectores multitud os brinda;  
 E Ifigenia, que en breve con Aquíles  
 Desposada ha de estar, una acogida  
 Bajo su apoyo presentaros debe.  
 Os lo ofreció y juró en presencia mia;  
 Y así obtenerlo espera como prenda  
 Primera de su fe.

ERIFILA.

Mas que dirias

Si, lo demas dejando, ese himeneo  
 Fuese la mas fatal de mis desdichas?

DORIS.

Qué, Señora!

ERIFILA.

Tú miras con asombro

Que mi dolor ningun consuelo admita.

Escucha pues, y admira que respire.

Poco importa que en país extraño viva,

Prisionera y de todos ignorada.

Ese genio fatal que envuelta en ruinas

A la infelice Lésbos ha dejado,

El autor de tus penas y las mias,

Aquíles, cuya mano ensangrentada

Me impuso la cadena de cautiva,

Quien con tu padre me arrancó el secreto

De mi linage: de quien deberia

Serme todo, hasta el nombre, aborrecible,

Es, no obstante, quien mas amor inspira

A mi pecho entre todos los mortales.

DORIS.

Qué me decis?

ERIFILA.

Yo estuve persuadida

Constantemente, que un silencio eterno  
Esta debilidad sepultaria.

Pero mi corazon en suma angustia  
A hacerte este discurso me precisa ;  
Y si esta vez se explica así contigo,  
Callar en adelante determina.

No me preguntes bajo que esperanza  
A ese funesto amor me ví rendida.

No culpo de ello las fingidas penas  
Con que mis infortunios ver creía  
Honrados por Aquíles; pues el cielo  
Sin duda con crueldad se regocija  
En prodigarme rasgos de su saña.

Recordaré yo aun el negro día  
En que á las dos nos puso en cautiverio?  
De razon y de vida destituida

Por dilatado tiempo, entre las manos  
Permanecí del cruel que me oprimia.

En fin abrí los ojos, y al mirarme  
Por un ensangrentado brazo asida,  
Temblé, Dóris, y el hórrido semblante  
De un brutal vencedor mirar temia.

Detestando su furia entré en su nave,  
Recatándome siempre pavorida.

Hube de verle al cabo, mas su aspecto  
Rasgo ninguno de feroz tenia.

En mi boca espirar sentí el reproche:  
Sentí que el corazon contra mí misma  
Se declaraba. Entónces olvidando  
Mis enojos, llorar solo sabia.

No tuve repugnancia ya en que fuese  
Por tan amable guia conducida.

En Lésbos yo le amé: le amo en Aulide.  
Asi Ifjenia en vano se me brinda  
Para favorecerme, y una mano  
A aliviarme dispuesta me ministra.

Efecto desdichado y miserable  
De los furores que me martirizan !  
Solo acepto la mano que me ofrece  
Para armarme contra ella, y con insidias  
Burlar su dicha, que sufrir no puedo.

DORIS.

De que os podrán servir tan vanas iras ?  
Y no fuera mejor que, allá en Micena  
Encerrada, evitaseis las fatigas  
Que venis á buscaros, combatiendo  
Una llama á ocultarse constreñida ?

ERIFILA.

Yo lo queria, Dóris, mas por triste  
Que me fuese la imágen, que podria  
Presentarme su gloria en esta costa,  
Por el destino me sentí impelida,  
Y convenir con él me fué forzoso.  
Una secreta voz me prevenia  
Que partiese. Me dijo que, ofreciendo  
Mi presencia importuna en esta orilla,  
Tal vez le traeria mi infortunio;  
Y que acaso tambien sucederia,  
Que entre esos dos amantes fortunados  
Alguna de mis cuitas repartida  
Fuese en el acto que los acercase.  
Solo esto mi venida aquí motiva,  
No la impaciencia de saber á quienes  
Deudora soy de mi infelice vida:  
Y en todo caso, Dóris, su himeneo  
Me servirá de ley. Si se realiza,  
Basta; ya para mí todo es concluido.  
Pereceré sin duda, y mi ignominia  
Encerrada en la noche del sepulcro  
Será por una muerte repentina,  
Sin buscar á unos padres ignorados

Por tanto tiempo, á quien con demasía  
Este mi insano amor ha deshonrado.

DORIS.

Cuanto de vos, Señora, se lastima  
Mi corazon! Y cuanto por salvaros.....

ERIFILA.

A Agamenon con Ifjenia mira.

## ESCENA II.

*Agamenon, Ifjenia, Erifila, Dóris.*

IFIJENIA.

Donde correis, Señor? Que diligencias  
De estos abrazos desde luego os privan?  
A qué debo atribuir tan pronta fuga?  
Mi respeto dejó que su alegría  
Explicase la reina, y es posible  
Que á mi vez deteneros no consiga  
Un instante siquiera? Osar no debe  
Ostentarse ante vos mi alma festiva?  
No puedo yo!.....

AGAMENON.

Hé bien! á vuestro padre  
Estrechad en los brazos, hija mia.  
El siempre os ama.

IFIJENIA.

Cuan inestimable  
Es para mí ese amor! Que complacida  
Al miraros estoy, y al contemplaros  
Brillar en esa pompa peregrina!  
Qué autoridad! Qué honores! Ya la fama  
Me tenia de todo bien instruida  
Mediante sus pasmosas relaciones.  
Mas, como siento que la cercanía  
De este grato espectáculo, al extremo

Mi admiracion y mi contento excita!  
 Dioses! con quanto amor Grecia os venera!  
 Que venturosa soy por ser vuestra hija!

AGAMENON.

Hija mia, de un padre mas dichoso  
 Por el contrario os considero digna.

IFIJENIA.

Y que ventura á vuestros votos falta?  
 O que monarca pretender podria  
 Mayores dignidades? Solo creo  
 Deber mostrarme al cielo agradecida.

AGAMENON, aparte.

Para el trance funesto que la espera  
 Deberé, grandes dioses! prevenirla?

IFIJENIA.

Os recatais, Señor, como angustiado:  
 Todas vuestras miradas se me esquivan.  
 Sin vuestra orden dejamos á Micena?

AGAMENON.

Hija mia, mis ojos siempre os miran  
 Del propio modo; pero se han mudado  
 Los lugares y el tiempo, y combatida  
 Mi alegría está aquí de un cruel recelo.

IFIJENIA.

Hé! padre mio, permitid que os diga,  
 Que olvideis á mi vista vuestro rango.  
 Yo preveo muy bien la tiranía  
 De una separacion tan dilatada.  
 Y ser padre un momento os ruboriza?  
 Una jóven princesa, á quien hubiera  
 Ponderado el amor que os merecia,  
 Es solamente quien está delante.  
 Cien veces mis cuidados prometida  
 Vuestra bondad le tienen, y otras tantas  
 Me he gloriado á sus ojos de mi dicha.  
 Que va á pensar de vuestra indiferencia?

Quedarán mis promesas desmentidas?  
Y no serenareis aquel semblante  
En que el fastidio y el dolor se pintan?

AGAMENON.

Ah, hija mía!

IFIJENIA.

Seguid, Señor.

AGAMENON.

No puedo.

IFIJENIA.

Perezca Troya que nos intimida!

AGAMENON.

Se sabe que á sus propios vencedores  
No poco llanto costará su ruina.

IFIJENIA.

Pero los dioses especial cuidado  
Se dignarán tener de vuestra vida.

AGAMENON.

Hace tiempo que, sordos á mis ruegos,  
Los dioses sin piedad se me conspiran.

IFIJENIA.

Se dice que un pomposo sacrificio  
Prepara Cálcas.

AGAMENON.

Antes su injusticia  
Apaciguar el cielo me conceda!

IFIJENIA.

Se ofrecerá muy pronto?

AGAMENON.

Todavía  
Con mas celeridad de la que quiero.

IFIJENIA.

Me será permitido en ese dia  
Unirme yo tambien á vuestros votos?  
Allí estará vuestra feliz familia?



AGAMENON.

Ay de mí!

IFIJENIA.

Enmudeceis?

AGAMENON.

Vos, hija mia,

Allí estareis. Adios.

## ESCENA III.

*Ifjenia, Erifila, Dóris.*

IFIJENIA.

Qué conjetura

Deberé yo formar de esta acogida?

De un secreto pavor temblar me siento;

Y, á mi propio pesar, de una desdicha

Que no conozco me hallo temerosa.

Vosotras, ó deidades de justicia,

Bien sabeis para quien es que os imploro.

ERIFILA.

Es posible que así os atemoriza

Solo alguna frialdad, de los cuidados

Que deben abrumarle, procedida!

Ay de mí desdichada! á qué ansiedades;

No estoy yo condenada mientras viva,

Yo que siempre olvidada de mis padres,

Y en cualquiera lugar advenediza,

Una mirada cariñosa acaso,

Aún naciendo, no les debería?

En cuanto á vos, si vuestras atenciones

No han sido por un padre recibidas;

A lo menos podeis en el regazo

De una madre quejaros todavía;

Y en cualquiera desgracia finalmente,

Que vuestro corazon, Señora, aflija,

Qué lágrimas no enjuga un fiel amante?

## IFIJENIA.

A eso no me opondré, bella Erifila :  
Y aun pienso que mi llanto á los cuidados  
De Aquíles poco tiempo se resista.  
No menos que su gloria y su cariño,  
Mi deber y mi padre justifican  
Ese poder, que sobre mi alma tiene.  
Mas qué pensar de él mismo convendria ?  
Un amante que ansiaba por mirarme,  
A quien de esta ribera no podian  
Arrancar las instancias de los Griegos,  
Y á quien la órden de un padre me precisa  
A que venga á buscar desde tan lejos,  
A gozar se apresura de una vista,  
De que yo le creia tan ansioso ?  
En cuanto á mí, durante los dos dias  
Que, á la venida, Aulide á nuestros ojos  
Su aspecto suspirado descubria,  
Por todas partes siempre le esperaba,  
Y sin cesar las sendas que aquí guian,  
Con tímidas miradas recorriendo,  
Lejos el corazon volando se iba  
Por delante de mí, para buscarle,  
Y á todo por Aquíles requería.  
Arribo en fin sin que él se me anticipe.  
Por una multitud desconocida  
Penetro con trabajo, y no le miro.  
El triste Agamenon como que evita  
Su nombre pronunciar en mi presencia.  
Que es lo que Aquíles hace ? Quien podria  
Darme la explicacion de este misterio ?  
Con esa indiferencia desabrida,  
Que hallo en el padre, encontraré al amante  
Hen un dia las bélicas fatigas  
Yabrán dejado en todos esos pechos  
De amor la llama y la ternura extintas ?

Pero no, mis recelos son injustos,  
 Y con ellos le ofendo. A mí es debida  
 La ayuda que ha prestado de sus armas.  
 El no estaba en Esparta entre las filas  
 De esos amantes, cuando sus protestas  
 Por el padre de Helena se admitían.  
 El solo pues, de su palabra dueño,  
 Si parte á Ilion, si allí se precipita,  
 Es por mí únicamente ; y satisfecho  
 Con premio, que tan dulce se imagina,  
 Llevar de esposo mio quiere el nombre.

#### ESCENA IV.

*Clitemnestra, Ifigenia, Erifila, Dóris.*

CLITEMNESTRA.

Hija mia, por nada detenidas  
 Debemos ser ! Partamos y en la fuga  
 Vuestra gloria salvemos y la mia.  
 Que vuestro padre atónito, parezca  
 Que á su pesar nos ve, ya no me admira,  
 Pues se halla temeroso de exponernos  
 A los desaires de una negativa.  
 Esta carta por Arcas me habia enviado ;  
 Mas el pasó, dejándonos perdidas,  
 Y de dárme la acaba en este instante.  
 Libertemos, dejad que os lo repita,  
 Nuestra gloria ultrajada, pues Aquíles  
 Ya piensa de manera muy distinta  
 Sobre vuestro himeneo, y rehusando  
 El honor que otorgársele queria,  
 Pretende retardarle hasta su vuelta.

IFIJENIA.

Qué oigo ?

CLITEMNESTRA.

Pues este ultraje os ruboriza,

Armad vuestro valor de un noble orgullo.  
 Yo misma del ingrato entré en las miras :  
 En Argos por mi mano os fué ofrecido ;  
 Y mi eleccion, al ruido complacida  
 De su nobleza, con extremo gusto  
 Al hijo de una diosa os concedia.  
 Mas pues infamemente se arrepiente,  
 Y deja de los dioses desmentida  
 La sangre, de que quieren que proceda,  
 A mostrar quienes somos nos excita,  
 Y, para que tan solo en él veamos  
 El último mortal, nos autoriza.  
 Le haremos presumir con mas tardanza,  
 Que espera vuestro anhelo á que se os rinda  
 Su corazon de nuevo? No, rompamos  
 Con gusto un himeneo que él esquiva.  
 Ya sabe vuestro padre mi designio :  
 Le aguardo solo para que reciba  
 Mis adioses, y parto á disponerlo  
 Todo para esta súbita partida.

A Erifila.

A seguiros, Señora, no os obligo.  
 Mi ausencia os deja en manos mas queridas.  
 Vuestra intencion secreta ya es bien clara,  
 Y no es por Cálcas que la Aulide os mira.

## ESCENA V.

*Ifjenia, Erifila, Dóris.*

IFIJENIA.

A que funesta situacion me deja  
 Lo que de oir acabo reducida !  
 Ya piensa Aquíles sobre mi himeneo  
 De otro modo ! Volver con ignominia  
 Para Micena debo ! Y no es por Cálcas  
 Que aquí vuestro cuidado solicita !

ERIFILA.

Nada puedo entender de ese discurso.

IFIJENIA.

Querer, para entenderme, os bastaría.

Un esposo me roba el hado injusto.....

Sola me dejareis en mi desdicha?

No os pudísteis quedar sin mí en Micena:

Se nos verá, sin vuestra compañía,

A la reina y á mí partir de Aulide?

ERIFILA.

Partir, sin ver á Cálcas, no querría.

IFIJENIA.

Por que tardais, Señora, en avisarle?

ERIFILA.

Vuestra marcha al instante se realiza.

IFIJENIA.

Un instante, Señora, algunas veces

Deja mas de una duda esclarecida.

Mas veo que os estrecho demasiado:

Veo lo que jamas pensar queria

Aquíles.....Mi tardanza os desespera.

ERIFILA.

Y me juzgais capaz de esa perfidia!

Podré yo tributar mi amor, Señora,

A un vencedor, á quien mi fantasía

Mira siempre feroz y ensangrentado,

A quien á Lésbos convirtió en cenizas,

De fuego armado y de matanza ansioso !.....

IFIJENIA.

Sí, le amais ciertamente, fementida;

Y esos furoros que me estais pintando,

Esas manos que en sangre vísteis tintas,

Ese incendio, esa Lésbos y esos muertos,

Los fuertes rasgos son con que esculpida

Dejó el amor su imágen en vuestra alma;

Y gustais de tenerme entretenida

Con memoria tan cruel, debiendo odiarla.  
 Vuestras forzadas quejas deberian  
 Mas de una vez mostrarme, y me han mostrado  
 Los secretos designios, que os animan;  
 Mas mi bondad, condescendiente siempre,  
 Sobre mis ojos á poner volvía  
 La venda de que yo me despojaba.  
 Vos le amais.....Que hice yo? A mi enemiga  
 Por qué fatal error abrí mis brazos?  
 Mi corazon aun hoy le prometia  
 La proteccion de su perjurio amante.  
 Ved pues el triunfo á que era conducida?  
 Yo misma á vuestro carro me he ligado.  
 Os perdono, ay de mí! vuestra codicia,  
 Y que me hurteis el corazon que pierdo.  
 Mas que, sin advertirme de la intriga,  
 Me hayais dejado atravesar la Grecia  
 En busca del traidor, que mi venida  
 Aguarda solo para abandonarme,  
 Tiene perdon, aleve, esta ignominia?

ERIFILA.

Me dais nombres que deben asombrarme,  
 Señora. Yo no estaba prevenida  
 Ciertamente para oírlos, pues los dioses,  
 Aunque tiempo ha, que contra mí se indignan,  
 Me habian librado de ellos hasta ahora.  
 Pero excusarse debe la injusticia  
 De los amantes. Qué debí advertiros?  
 Pensais que Aquíles preferir podría  
 De Agamenon á la preclara sangre  
 Una jóven sin nombre de familia,  
 Quien penetrar apenas ha podido  
 De todo su destino, que deriva  
 De una sangre de que él está sediento?

IFIJENIA.

Habeis triunfado, y no contenta, impía,

Insultais mi dolor. Mi desventura  
 No habia conocido todavía  
 En toda su extension hasta este instante.  
 Esa comparacion que os suministra  
 Vuestro actual cautiverio y mi grandeza,  
 Solo la haceis, para que mas estima  
 A vuestro injusto triunfo se conceda.  
 Con todo, demasiado se anticipan,  
 A mi modo de ver, vuestros trasportes.  
 El mismo Agamenon, á quien se humilla,  
 Es mi padre, me quiere, manda en Grecia,  
 Y siente mi afliccion mas que yo misma.  
 Mi llanto de antemano le ha movido.  
 Sorprendí sus suspiros que queria  
 Ocultarme. Ay de mí! vituperando  
 Entónces la frialdad de su acogida,  
 De su poco cariño osé quejarme.

## ESCENA VI.

*Aquiles, Ifjenia, Erifila, Dóris.*

AQUILES.

Con que es, Señora, cierta la noticia,  
 Y sois vos misma la que estoy mirando?  
 Error en todo el campo suponía.  
 Vos en Aulide! Vos! Con que designio?  
 De qué nace, que cosa muy distinta  
 Agamenon me hubiese asegurado?

IFIJENIA.

Serenaos, Señor, que ya cumplidas  
 Vuestras ansias serán, pues que Ifjenia  
 Para salir de aquí va á darse prisa.

## ESCENA VII.

*Aquíles, Erifila, Dóris.*

AQUILES.

Huye de mí! Estoy despierto ó sueño?  
 En cuantas confusiones sumergida  
 De nuevo queda mi alma con su fuga!  
 Señora, yo no sé si vuestras iras  
 Con su presencia Aquíles mover puede.  
 Pero si es que atender no os mortifica  
 Los ruegos que os dirige un enemigo,  
 Y si él mismo tambien de su cautiva  
 Compasion ha tenido muchas veces,  
 Vos sabeis que negocio aquí la guia,  
 Sabeis.....

ERIFILA.

Y qué, Señor? á vos se oculta,  
 A vos que sin sosiego en esta orilla  
 Durante un mes, habeis logrado al cabo  
 Y tambien festinado su venida?

AQUILES.

De esta propia ribera estuve ausente  
 Por espacio de un mes, y ayer fué el dia  
 Que por la vez primera he vuelto á verla.

ERIFILA.

Qué! cuando Agamenon les escribia  
 Vuestro amor á Micena, aquella mano  
 No ha sido por la vuestra conducida?  
 Pues qué! vos que adorais los atractivos  
 De su hija.....

AQUILES.

Mas que nunca todavía  
 Me hallo, Señora, de ella enamorado.  
 Vos bien lo veis; y dado que seguida  
 Mi intencion del efecto hubiese sido,



Le hubiera anticipado en Argos misma.  
 No obstante, se me evita. Qué delito  
 He cometido yo? Por qué me sitian  
 Por todas partes enemigos ojos?  
 Qué digo yo? Poco ha que combatian  
 Cálcas, Néstor y Ulíses mi cariño,  
 Empleando su ingeniosa persuasiva;  
 Y como que intentaban indicarme,  
 Que, si mi gloria consultar queria,  
 Renunciarle por ella era forzoso.  
 Qué proyecto sobre esto formarian?  
 Soy la burla del campo sin saberlo?  
 Entremos otra vez, que me precisa  
 Saber á toda costa este secreto.

### ESCENA VIII.

*Erifila, Dóris.*

ERIFILA.

Dioses, que estais mirando mi ignominia  
 A donde debo ir á sepultarme?  
 Fiera rival, se te ama, y aun suspiras!  
 Como es posible que tus glorias sufra  
 Al mismo tiempo que tus invectivas?  
 Ah! mas bien.....Pero, Dóris, ó yo gusto  
 De lisonjearme, ó ya se precipita  
 Y estalla alguna tempestad sobre ellos.  
 Yo lo veo muy bien. No es muy tranquila  
 Esa felicidad. Y pues se engaña  
 A Ifjenia, de Aquíles no se fia  
 Y llora Agamenon, no desespero.  
 Si la suerte y mi saña se conspiran  
 En contra de ella, de esta inteligencia  
 Sacaré una ventaja decisiva,  
 A fin de no llorar yo solamente,  
 Ni sin vengarme terminar la vida.

**ACTO TERCERO.****ESCENA PRIMERA.**

*Agamenon, Clitemnestra.*

CLITEMNESTRA.

Sí, Señor, nos marchábamos, y en breve  
Mi justo enojo á Aquíles y este campo  
Dejando lejos de nosotras, mi hija  
Corria á lamentar su afrenta en Argos.  
Pero Aquíles él mismo de una fuga,  
Tan pronta á la verdad, maravillado,  
Por cuantos juramentos repetidos,  
Que ni dudas siquiera me dejaron,  
De convencerme acaba y detenernos!  
El insta por que sea realizado  
Al punto este himeneo, que pretenden  
Que él difiere, y os está buscando,  
Inflamado de amor y de corage.  
Resuelto á hacer callar rumor tan falso,  
Conocer al autor Aquíles quiere,  
Y tambien confundirle, desterrando  
Sospechas que turbaban nuestro gozo.

AGAMENON.

Basta: á que se le crea ya me allano.  
Reconozco el error que nos cegaba.  
De vuestro gozo participo tanto  
Cuanto posible me es. Quereis que Cálcas  
Le una á mi casa con sagrado lazo;  
Vos podeis al altar enviar vuestra hija;

Yo la espero. Mas antes que otro paso  
 Sobre esto adelantemos, me he propuesto  
 Sin mas testigos un momento hablaros.  
 Ya veis á que lugar la habeis traído.  
 Todo aquí de la guerra es un retrato  
 Y no del himeneo. Ese tumulto  
 De un campo, marineros y soldados,  
 Un altar que se vé por todas partes  
 Erizado de lanzas y de dardos,  
 En fin ese espectáculo, que en todo  
 Pompa digna de Aquíles contemplamos,  
 No bastante pacífico parece,  
 Para mostrarse á vuestros ojos grato;  
 Y los Griegos verian á la esposa  
 De su propio monarca en un estado  
 No menos que de mí de vos indigno.  
 Quereis creerme? Consented quedaros;  
 Y á que Ifigenia marche al himeneo  
 Solo con vuestras damas, resignaos.

CLITEMNESTRA.

Quien? yo! Que lo que comencé no acabe!  
 Que deposite mi hija en otros brazos!  
 Y que, despues de haberla conducido  
 Desde Micena á Aulide, haya reparo  
 Para servirle hasta el altar de guia!  
 Debeis hallaros vos mas inmediato  
 Que yo de Cálcas? Mas á quien entónces  
 Mostrar mi hija á su esposo será dado?  
 Quien otra ordenará la pompa sacra?

AGAMENON.

No os encontrais de Atreo en el palacio.  
 Esto que veis es solo un campamento....

CLITEMNESTRA.

Donde todo os está subordinado:  
 Donde del Asia entera los destinos  
 Se han entregado en vuestras solas manos:

Donde veo marchar todã la Grecia,  
 Siguiendo vuestros únicos mandatos:  
 Donde el hijo de Tétis debe darme  
 El título de madre en breve espacio.  
 En qué palacio tan suntuoso y lleno  
 De mi grandeza, con mayor boato  
 Me es posible jamas manifestarme?

AGAMENON.

En nombre de los dioses que han formado  
 Nuestra estirpe, Señora, aquesta gracia  
 A mi cariño conceder dignaos.  
 Yo tengo mis motivos.

CLITEMNESTRA.

Pues en nombre  
 De esas deidades, no dejéis privados  
 De tan dulce espectáculo mis ojos.  
 Y dignaos, Señor, no avergonzaros  
 De que aquí vuestra esposa se presente.

AGAMENON

De vos mas complacencia habia esperado,  
 Mas pues no puede la razon moveros,  
 Y pues tan poco, cuando os ruego, valgo,  
 Habeis oido ya lo que os exijo,  
 Señora: yo lo quiero y os lo mando.  
 Obedeced.

## ESCENA II.

CLITEMNESTRA sola.

De donde es que proviene  
 Que de las aras con tan cruel cuidado  
 El temerario Agamenon me aparte?  
 Desvanecido con su nuevo rango,  
 Tiene él la audacia de desconocerme?  
 Por poco digna me reputa acaso  
 De que en su comitiva me presente?  
 O del imperio, tímido gozando,

De Helena aquí mostrar no osa la hermana !  
 Y para qué ocultarme ? Es necesario  
 Que su ignominia sobre mí refluya ?  
 Esto es una injusticia ; sin embargo  
 Nada importa, supuesto que él lo quiere,  
 Y que resuelta á complacerle me hallo.  
 Tu suerte venturosa me consuela,  
 Hija mia, de todo lo que paso.  
 El cielo quiere concederte á Aquiles,  
 Y al extremo mi júbilo ha llegado,  
 Oyéndote llamar.....Mas él se acerca.

### ESCENA III.

*Aquiles, Clitemnestra.*

AQUILES.

Todo cede, Señora, á mis conatos.  
 El rey no quiere mas explicaciones ;  
 Y á mis trasportes crédito prestando,  
 Casi sin escucharme, por su yerno  
 Me acaba de aceptar con un abrazo.  
 El no me ha dicho mas que una palabra.  
 Pero decidme vos, os ha contado  
 La fortuna que al campo habeis traido ?  
 Los dioses van á ser apaciguados.  
 Cálcas grita á lo menos que con ellos  
 Dentro de una hora va á reconciliarnos ;  
 Y que los vientos y Neptuno, prontos  
 A oirnos, la sangre, que su mano  
 En breve verterá, tan solo esperan.  
 Ya desplegan las velas nuestras naos,  
 Y las proas dirigen hácia Troya,  
 Mediante lo que Cálcas ha afirmado.  
 Por lo que á mí respecta, aunque confieso,  
 Que gustara mi amor, que mas retardo  
 Al retorno del viento el cielo diese ;

Y aunque de estos lugares fortunados,  
 En donde de himeneo las antorchas  
 Voy á encender, á mi pesar me aparto,  
 Puedo negarme á la ocasion dichosa  
 De ir á poner con sangre de Troyanos  
 El sello á nuestra union, dejando en breve  
 Bajo la misma Troya sepultado  
 El deshonor de un nombre unido al mio?

#### ESCENA IV.

*Aquíles, Clitemnestra, Ifjenia, Erifila,  
 Dóris, Ejina.*

AQUILES.

De vos, princesa, solamente aguardo  
 Y depende mi dicha. Vuestro padre  
 Un esposo ya os tiene destinado  
 En el altar. Una alma que os adora  
 Venid á recibir.

IFJENIA.

De que partamos  
 No es, Señor, el momento todavía.  
 La reina no pondrá ningun reparo  
 En que á pedir á vuestro amor me atreva  
 Una prenda, que á darme está obligado.  
 Esta jóven princesa aquí os presento:  
 De su nobleza el cielo ha puesto rasgos  
 Sobre su rostro. Lágrimas amargas  
 Tienen sus ojos sin cesar bañados;  
 Sabeis sus males, pues que sois la causa.  
 Yo misma, adonde me ha precipitado  
 Un ciego enojo! ha poco, sin respeto,  
 He estado sus desdichas agravando.  
 Qué no pueda por útiles socorros  
 Reparar mis discursos temerarios  
 Tan prontamente como fuera justo!

Hablo por ella, que es á lo que alcanzo.  
 Para destruir vuestra obra, sois vos solo  
 Quien se encuentra, Señor, autorizado.  
 Ella es vuestra cautiva, y sus cadenas  
 Que á compasion me mueven, de sus manos  
 Caer veremos en el mismo instante,  
 En que vos os sirvais así ordenarlo.  
 Dad pues principio por aquí á este dia.  
 Que penada no esté mas á mirarnos.  
 Mostrad que sigo al pie de los altares  
 A un rey que en medio de causar espanto  
 A los hombres, su gloria no limita  
 A los incendios: deja que los llantos  
 De una esposa enternezcan su victoria;  
 Y por los infortunios desarmado  
 Algunas veces, imitar en todo  
 Sabe á los dioses, que su ser formaron.

ERIFILA.

Sí, Señor, aliviad de los dolores  
 El mas vivo. La guerra á vuestro carro  
 Me ha atado en Lésbos; mas de su derecho  
 Injurioso se abusa demasiado,  
 Juntándole al tormento que aquí sufro.

AQUILES.

Vos ?

ERIFILA

Sí, Señor, y el resto no contando,  
 A qué ley mas funesta, saber quiero,  
 Pudiérais vos haberme sujetado,  
 Que á ser la miserable espectadora  
 De la felicidad de mis contrarios?  
 Por do quier amagar oigo á mi patria:  
 Una furiosa armada estoy mirando  
 Marchar contra ella; y veo que himeneo,  
 Para mayor martirio, en vuestras manos  
 Ya pone el fuego que abrasarla debe.

Permitidme que, lejos de este campo,  
Y distante tambien de vuestra vista,  
Siempre desconocida y sin amparo,  
Vaya á ocultar mi lastimera suerte,  
De que aun os calla la mitad mi llanto.

AQUILES.

Basta, bella princesa, lo que importa  
Solo es que nos vengais acompañando:  
Que Aquíles os liberte ante los Griegos;  
Y que el punto feliz de libertaros  
El dulce instante de mi dicha sea.

## ESCENA V.

*Aquíles, Clitemnestra, Ifjenia, Erifila,  
Arcas, Ejina, Dóris.*

ARCAS.

Todo se halla, Señora, preparado  
Para el sagrado rito, y á Ifjenia  
El rey en el altar está esperando.  
Mas lejos de exigirla, contra él mismo  
Y para ella, Señor, vengo á implóraros.

AQUILES.

Qué decis Arcas?

CLITEMNESTRA.

Dioses! que me anuncia!

ARCAS á Aquíles.

Tan solo vos podeis ponerla en salvo.

AQUILES.

Mas de quien es que debo libertarla?

ARCAS.

A mi pesar le nombro y le delato.  
Su secreto guardé cuanto he podido.  
Mas cuando todo está ya aparejado,  
Y la pira, y la venda y el cuchillo,



Debo hablar, aunque todo este aparato  
Viniese á recaer en mi cabeza.

CLITEMNESTRA.

Yo tiemblo de pavor. Vaya! explicaos.

AQUILES

Sea quien fuere, hablad, no hay que temerle.

ARCAS.

Vos sois su amante.....pues debeis guardaros  
Así como su madre, que se cumpla  
Con la princesa el paternal mandato.

CLITEMNESTRA.

Por qué razon habremos de temerle?

AQUILES.

Por qué de él desconfiar?

ARCAS.

Por que esperando  
El la está en el altar para inmolarla.

AQUILES.

El!

CLITEMNESTRA.

A su hija!

IFIJENIA.

Mi padre!

ERIFILA.

Cielo santo!

Qué noticia!

AQUILES.

Mas como contra su hija  
Armarse puede de furor insano?  
Sin horror puede oirse este discurso?

ARCAS.

Ah! si pluguiera al cielo que dudarle  
Pudiese yo, Señor! Por voz de Cálcas  
El oráculo ya la ha reclamado,  
Y de toda otra víctima rehusa  
La ofrenda; pues los dioses que ampararon

A París hasta aquí, solo á este precio  
Con los vientos á Ilion prometen darnos:

CLITEMNESTRA.

Habrán podido decretar los dioses  
Un tan abominable asesinato.

IFIJENIA

Cielo! por qué delito es tanta pena?

CLITEMNESTRA.

Del cruel mandato que me habia vedado  
Acercarme al altar, ya no me admiro.

IFIJENIA á Aquiles.

Mirad aquí, Señor, puestas en claro  
Las nupcias á que estaba destinada.

CLITEMNESTRA.

Señor, debo abrazar vuestras rodillas.

AQUILES, levantándola.

Ah, Señora! que haceis?

CLITEMNESTRA.

Olvidaos

De mi gloria importuna, que á mi suerte  
Tan triste abatimiento es adecuado.  
Feliz mi llanto si moveros puede.  
Yo no tengo vergüenza de rogaros  
A vuestros pies postrada: yo soy madre.  
Ved la esposa, ay de mí! que os han robado!  
La he criado con tan plácida esperanza.  
Vos solo sois, Señor, á quien buscando  
Hemos venido en esta infausta orilla;  
La habrá á la muerte vuestro nombre guiado?  
Irá pues, abrazando los altares,  
Ya para su suplicio preparados,  
A implorar de los dioses la justicia?  
Con vos únicamente es que contamos.  
Vos en estos lugares sois su padre,  
Su esposo, sus deidades y su amparo.  
En vuestros ojos vuestra angustia leo.

Hija, de vuestro esposo os dejo al lado.  
 Y vos, Señor, dignaos esperarme  
 Y de ella un solo instante no apartaros.  
 Yo corro á verme con mi aleve esposo  
 No sostendrá el furor en que me abraso.  
 Otra víctima Cálcas buscar debe.  
 Pero si de sus golpes libertaros  
 No pudiese, hija mia, que me inmolen  
 Primero á mí que á vos, es necesario.

## ESCENA VI.

*Aquiles, Ifjenia.*

AQUILES.

Señora, yo me callo y quedo inmóvil.  
 Es á mí por ventura á quien se ha hablado?  
 Y se conoce á Aquiles? Una madre  
 Debe por vos venirme así rogando?  
 Una reina á mis pies viene á humillarse!  
 Y mi honor ofendiendo con cuidados  
 A la verdad injustos, se recurre,  
 Para mover mi corazon, al llanto!  
 Quien otro á invigilar por vuestros dias  
 Con mas celo que yo estará obligado?  
 En mi lealtad bien puede descansarse.  
 Y ya que me concierne á mí el agravio,  
 Por mas que contra vos quiera emprenderse,  
 De vuestra vida responsable salgo,  
 De esa vida á la cual uno la mia.  
 Mas de mi justa pena arrebatado,  
 No limito mi empeño á defenderos:  
 Le llevo mas allá; corro á vengaros,  
 Y á castigar tambien la cruel intriga  
 Que de mi nombre contra vos se ha armado.

IFJENIA.

Ah, Señor! esperad: de gracia oidme.

## AQUILES.

Pues qué! podrá tener el desacato  
Un bárbaro, Señora, de insultarme!  
El me mira partir acelerado  
A vengar el ultraje de su hermana:  
Vé que al darle el primero mi sufragio  
De veinte reyes le nombré caudillo,  
De veinte reyes que eran sus contrarios;  
Y por fruto de tantas inquietudes,  
Y por fruto de todos mis trabajos,  
Por premio en fin de la victoria ilustre  
Que deberá dejarle bien colmado  
De riquezas, de gloria y de venganza,  
Con el nombre de esposo vuestro ufano  
Y satisfecho, solo le exigia  
El honor de ser vuestro; hoy sin embargo  
Sanguinario y perjuró, no contento  
Con violar los derechos sacrosantos  
De la amistad, de la naturaleza;  
Y no contento con haber osado  
El corazón de su hija presentarme,  
Humeante todavía y palpitando  
Sobre un altar bajo un fatal cuchillo,  
Quiere, cubriendo con el aparato  
De un supuesto himeneo el sacrificio,  
Que yo mismo os conduzca hasta el cadalso?  
Que mi mano cruel lleve la daga,  
Y que de esposo vuestro transformado  
Haya de ser en vuestro vil verdugo?  
Si mi regreso un día más retardo  
Cuán sangriento os sería este himeneo!  
Tal vez, princesa, en el altar en vano  
Me buscariais, y entregada ahora  
A su furor, de un golpe inopinado  
Os postrarais herida, atribuyendo  
A mi nombre la culpa del engaño!

Importa que á presencia de los Griegos  
 Del riesgo y la traicion se le haga cargo.  
 Señora, mi designio desde luego  
 Ha debido por vos ser aprobado,  
 Celosa del honor de vuestro esposo.  
 Sepa el cruel que me desprecia tanto  
 De que nombre á burlarse se atrevia.

IFIJENIA.

Ay de mí! si me amais, si puedo acaso  
 Algo con vos, si por favor postrero  
 Os dignais á las súplicas prestaros  
 De una amante, Señor, es al presente  
 Que os corresponde mas acreditarlo.  
 Por que en fin, ese cruel, ese enemigo  
 Tan inclemente, injusto y sanguinario  
 Que vais á despreciar, por mas que haya hecho,  
 Que es mi padre debeis siempre acordaros.

AQUILES.

El vuestro padre! No, vuestro asesino  
 Despues de su designio atroz le llamo.

IFIJENIA.

Os repito, Señor, que él es mi padre,  
 Pero un padre á quien amo é idolatro,  
 Un padre que me quiere y que hasta ahora  
 Testimonios de amor solo me ha dado.  
 Mi corazon que en este fiel respeto  
 Siempre se crió desde mis tiernos años,  
 Solo puede afligirse de la ofensa;  
 Y lejos de atreverse, ya cambiado,  
 A aprobar el furor de vuestro enojo,  
 Y lejos mis discursos de avivarlo,  
 Creed, Señor, que para haber podido  
 Tolerar esos títulos ingratos  
 Con que á mis ojos vuestro amor le ultraja,  
 Era preciso amaros como os amo.  
 Y como pensais vos que no se duela,

Como si fuese un bárbaro inhumano,  
 De esa desgracia que se me prepara?  
 Qué padre se complace en ser privado  
 De sus hijos? Perdiérame mi padre  
 Si salvarme pendiese de su mano?  
 Yo le he visto llorar, no tengais duda.  
 Sin oirle deberá ser condenado?  
 Ay de mí! sobre el cúmulo de horrores  
 Que está su corazon atormentando,  
 Tambien debe abrumarle vuestro encono?

AQUILES.

Qué, Señora! estos son los sobresaltos  
 Que de vos se apoderan solamente,  
 Teniendo de temor motivos tantos!  
 Un cruel (que otro nombre puedo darle?)  
 Por la mano de Cálcas va á inmolaros,  
 Y si opongo á su furia mi ternura,  
 Solo por su quietud teneis cuidados!  
 Se me cierra la boca! Se le excusa!  
 Se le siente! Por él se está temblando,  
 Y á mi és á quien se teme únicamente?  
 Qué efecto tan fatal de mis conatos!  
 Esto es, Señora, todo lo que Aquíles  
 En vuestro corazon ha progresado?

IFIJENIA.

Ah cruel! he esperado yo á tan tarde  
 Para ofreceros testimonios claros  
 De este amor, que os parece tan dudoso?  
 Vos veis que con semblante sosegado  
 Y como indiferente he recibido  
 De mi muerte el anuncio sanguinario.  
 No se ha notado en mi color mudanza.  
 Qué no hubiéseis podido ver á cuanto  
 Exceso ya tocaba mi despecho,  
 Cuando, casi al llegar, comunicado  
 Por un informe infiel me fué el aviso

De la inconstancia vuestra? Qué arretrato,  
 Qué torrente de injurias á los dioses  
 Acusaba á la vez y á los humanos!  
 Ah! sin que os lo dijese, hubiérais visto  
 Con cuanta diferencia me es mas caro  
 Vuestro amor que mi vida! Aún quien sabe,  
 Quien sabe, si los cielos irritados  
 Han podido sufrir mi extrema dicha!  
 Ay de mí! creia que un amor tan grato  
 Sobre el mortal destino me elevaba.

AQUILES.

Ah! si me amais, princesa, conservaos.

## ESCENA VII.

*Clitemnestra, Aquiles, Ifjenia, Ejina.*

CLITEMNESTRA.

Todo absolutamente está perdido  
 A menos que querrais, Señor, salvarnos.  
 Agamenon me evita, teme verme  
 Y me hace del altar negar el paso.  
 Las guardias colocadas por él mismo  
 Con mucha precaucion, nos han vedado  
 Pasar por donde quiera que hemos ido.  
 Me huye. Su audacia teme mi quebranto.

AQUILES.

Hé, bien! Ahora pues á mi me toca  
 Ocupar el lugar que habeis dejado.  
 El me verá, Señora, voy á hablarle.

IFJENIA.

Ah, Señora!.....Ah, Señor! donde marcharos  
 Quereis?

AQUILES.

Y qué es lo que de mi pretende  
 Vuestra súplica injusta? Es necesario  
 Que combatais vos siempre la primera?

CLITEMNESTRA.

Qué intentais, hija mia ?

IFIJENIA.

Suplicaros,

Que por los dioses retengais, Señora,  
A un amante de cólera inflamado.  
Los choques de esa triste conferencia  
Evitemos. Señor, sé cuan amargos  
Vuestros reproches fueran: sé hasta donde  
Se enfurece un amante lastimado;  
Y mi padre invigila en sus derechos.  
Disimular se intentaría en vano  
La fiereza genial de los Atridas.  
Dejad, Señor, que con mi padre en tanto  
Otras bocas mas tímidas se expliquen.  
De mi demora ya maravillado  
Vendrá á buscarme él mismo en el instante.  
Habrá de oír el clamoroso llanto  
De una madre oprimida; y qué inspirarme  
No podrán los deseos de evitaros  
Las lágrimas que á todos os causara,  
De contener vuestro furor insano,  
Y de vivir aún para ser vuestra.

AQUILES.

Pues lo quereis, preciso es agradaros.  
Dadle ambas un consejo saludable.  
A la razon llamadle, procurando  
Por vosotras, y mas que por la mia  
Por su quietud, sacarle de su engaño.  
Mas veo que en tan frívolos discursos  
Inútilmente mucho tiempo gasto,  
Obras se necesitan, no palabras.

A Clitemnestra.

Yo me parto, Señora, á prepararlo  
Todo para serviros. Desde luego  
Pasad á reposar á vuestro cuarto.



Vuestra hija vivirá: yo os lo predigo.  
A lo menos creed, creed que en tanto  
Que respirare yo, su sacrificio  
Habrán los dioses ordenado en vano.  
Oráculo mas cierto que el de Cálcas.

FIN DEL ACTO TERCERO.

---

**ACTO CUARTO.**

---

**ESCENA PRIMERA.***Erifila, Dóris.*

DORIS.

Ah! qué decis? por que extraña mania  
De Ifjenia envidiais el cruel destino?  
Ella debe morir dentro de una hora,  
Y con todo decis que nunca han visto  
Vuestros ojos su dicha con mas celos.  
Quien creerá, Señora, tal delirio?  
Y puede darse corazon tan duro.....

ERIFILA.

Nunca mayor verdad mi boca ha dicho.  
Jamás en medio de cuidados tantos  
Como á mi alma combaten, he tenido  
De su felicidad mayor envidia.  
Vana esperanza! prósperos peligros!  
No ves su gloria y la inquietud de Aquíles?  
De todo indicios claros ví, y he huido.  
Ese héroe para el resto de los hombres  
Tan atroz, que las lágrimas que él mismo  
Verter nos hace, son las que conoce,  
Siendo á ellas insensible desde niño;  
Y que la sangre de osos y de leones  
Chupó, segun escucho referirlo,  
Por ella del temor hace el ensayo:  
Ella misma ha mirado su conflicto:  
Ella ha visto mudarse su semblante.

Y tú Dóris, con ojos compasivos  
 Quieres verla! Por cuantos infortunios  
 Deseara disputarle esos gemidos!  
 Aunque debiese yo espirar como ella  
 En término de una hora.....Mas qué digo  
 Espirar! No imagines que ella muera.  
 Te persuades que en un letargo indigno  
 Aquíles sepultado, impunemente  
 Por su causa se habrá empalidecido?  
 Su desgracia sabrá impedir Aquíles.  
 Verás que para mas tormento mío  
 Y aumento de su gloria, es que los dioses  
 Un oráculo tal han proferido,  
 A su amante ofreciéndola mas bella.  
 Y qué! no adviertes todo el artificio  
 Que en su favor se emplea? De los dioses  
 El decreto mortal se ha suprimido,  
 Y aunque esté preparada ya la hoguera,  
 Oculto aún con el mayor sigilo  
 El nombre de la víctima se tiene.  
 Nada de esto en la armada se ha sabido.  
 Mas, Dóris, no es verdad que en tal silencio  
 A un padre reconoces indeciso.  
 Pero al fin qué ha de hacer? como es posible  
 Que un corazon el mas empedernido  
 Sostenga los ataques que le aguardan?  
 De una madre el furioso desvarío,  
 Las lágrimas de una hija, el desconsuelo  
 De una familia, sus dolientes gritos,  
 La sangre tan sensible á estos objetos,  
 Aquíles que amenaza enfurecido,  
 Y que á oprimirle está determinado?  
 No, los dioses en vano, te repito,  
 Contra ella fulminaron su sentencia.  
 Para mí el infortunio solo se hizo.  
 Ah! si me diese crédito á mí misma....

DORIS.

Qué, Señora! cual es vuestro designio?

ERIFILA.

No sé quien me detiene, ó quien reprime  
Mi indignacion, que no me determino  
A divulgar del cielo la amenaza,  
Dando de cuanto pasa pronto aviso;  
Y á publicar las criminales tramas  
Que se están practicando en estos sitios  
Contra los dioses, contra sus altares.

DORIS.

Señora, qué intencion!

ERIFILA.

Qué regocijo!

Ah, Dóris! cuanto incienso no seria  
En los troyanos campos consumido,  
Si, turbando á los Griegos, y dejando  
Vengado asi mi cautiverio inicuo,  
Lograr pudiera que se declarase  
De Agamenon Aquíles enemigo!  
Si, olvidando de Troya la contienda,  
Volviese su rencor contra ellos mismos  
Esos aceros que contra ella afilan!  
Y si de todo el campo un sacrificio  
El mas feliz hiciesen á mi patria  
Mis dañosos avisos!

DORIS.

Siento ruido:

Alguien viene. Se acerca Clitemnestra.  
Tomad, Señora, un aire mas tranquilo;  
O evitad prontamente su presencia.

ERIFILA.

Entremos. Y, siguiendo los avisos  
De unos furores que autoriza el cielo,  
Procuraremos ver si conseguimos  
Turbar un himeneo tan odioso.

## ESCENA II.

*Clitemnestra, Ejina.*

CLITEMNESTRA.

Ejina, tú lo ves; huirla es preciso.  
 Lejos que mi hija por su vida llore,  
 Lejos que tiemble cuando ve el peligro,  
 A su padre disculpa como siempre,  
 Y aun quiere que respete en mi conflicto  
 La misma mano que su pecho hiere.  
 O constante piedad! O fiel cariño!  
 Por recompensa está de su tardanza  
 En el altar quejándose el impío.  
 Yo le espero: vendrá á reconvenirme  
 De que aun puede engañarme persuadido.  
 El viene. Sin hablar de su injusticia,  
 Vamos á ver, si su artificio indigno  
 Se atreve á sostenerme todavía.

## ESCENA III.

*Agamenon, Clitemnestra, Ejina.*

AGAMENON.

Qué haceis, Señora? Mas por qué motivo  
 A vuestra hija con vos aquí no veo?  
 Arcas de mi órden os la habia pedido.  
 Qué espera pues? La habeis vos retardado?  
 A mi ansia justa no quereis rendiros?  
 Y sin vos al altar no debe ir ella?  
 Hablad.

CLITEMNESTRA.

Por mi hija, todo está expedito,  
 Si partir es forzoso. Pero nada  
 Teneis, Señor, que deba reprimiros?

AGAMENON.

Yo, Señora !

CLITEMNESTRA.

Ya todo está dispuesto ?

Todo vuestros cuidados lo han previsto ?

AGAMENON.

Por Cálcas no hay, Señora, inconveniente,  
Ni faltan al altar sus atavíos.

Lo que un justo deber me ordena he hecho.

CLITEMNESTRA.

De la víctima nada me habeis dicho.

AGAMENON.

Qué me quereis decir ? De qué rezelo.....

## ESCENA IV.

*Agamenon, Clitemnestra, Ifjenia, Ejina.*

CLITEMNESTRA.

Hija mia, venid, venid os digo,  
Que por vos solamente ya se espera.  
Venid, mostrad un pecho agradecido  
A ese padre que os ama, y que pretende  
A las aras él mismo conduciros.

AGAMENON.

Qué veo ! Que discurso ! Llorais hija !  
Vuestros ojos bajais poco tranquilos !  
Qué turbacion ! Mas lloran hija y madre.  
Miserable Arcas, ah ! tú me has vendido.

IFIJENIA.

Padre mio, dejad de conturbaros  
Nadie os traiciona. Cuando prescribirlo  
Querrais, vereis que os obedezco.  
Mi vida es vuestro bien. De ella serviros  
Os place, vuestras órdenes podian  
Haberse sin rodeos expedido.

Con el propio semblante placentero  
Y con el mismo corazon sumiso,  
Que á recibir me disponia el esposo,  
Que por vos se me habia prometido,  
Tambien sabia, siendo necesario,  
Como obediente víctima, al cuchillo  
Mi cabeza ofrecer, de culpa exenta :  
Un golpe respetar por vos prescripto ;  
Y volveros, Señor, toda la sangre  
Que habia recibido de vos mismo.  
Mas si esta sumision, si este respeto,  
A vuestros ojos, de otro premio es digno :  
Si de una madre en lágrimas desecha  
Sentis las penas, oso aquí deciros,  
Que en mi actual situacion, tal vez rodeada  
Mi vida está de honores infinitos,  
Para no apetecer que se me quite,  
Ni que, al serme arrancada, un cruel destino  
Tan cerca del nacer su fin designe.  
Hija de Agamenon, Señor, yo he sido  
Quien primero os llamaba con el nombre  
Dulce de padre : he sido quien os hizo,  
Siendo de vuestros ojos las delicias  
Por tanto tiempo, que reconocido  
Os mostraseis al cielo por tal nombre ;  
Y por quien tantas veces los cariños  
Prodigando, flaquezas de la sangre  
No os desdeñasteis de tener conmigo.  
Infelice ! los nombres de los pueblos,  
Que debieran por vos ser sometidos,  
Con gran contento referir me hacia ;  
Y luego, presagiando de los Frigios  
La conquista, de triunfo tan hermoso  
Estaba disponiendo el regocijo ;  
Sin esperar que, por verter mi sangre,  
Le debieseis haber dado principio.

No es esto que el horror de la desgracia,  
 Que me amenaza, vuestros beneficios,  
 Ya pasados, me traiga á la memoria.  
 No lo temais : por vuestro honor vigilo ;  
 A un padre, como vos, de avergonzarse  
 Jamás mi corazon dará motivo.  
 Yo hubiera, si á vivir solo aspirara,  
 Un recuerdo tan tierno contenido.  
 Pero, Señor, á mi funesta suerte,  
 Vos lo sabeis, tambien están unidos  
 Los goces de una madre y de un amante.  
 Un rey, digno de vos, se ha persuadido,  
 De haber llegado el dia, que debia  
 A nuestra ilustre union prestar su brillo.  
 Y cierto ya del corazon, que fuera  
 A sus amantes ansias ofrecido,  
 Se juzgaba dichoso : para amarle  
 Otorgado me fué vuestro permiso.  
 El sabe sin embargo vuestro intento ;  
 Juzgad de sus temores. Los gemidos  
 Oid de una madre, que teneis delante.  
 Perdonadme, Señor, estos ahincos,  
 Que solamente á prevenir el llanto,  
 Que les voy á costar, son dirigidos.

AGAMENON.

Nada mas cierto que eso es, hija mia ;  
 Y sin saber estoy, porque delito  
 Una víctima el cielo airado pide.  
 Pero él os ha nombrado ; y ha exigido  
 Un oráculo cruel, que vuestra sangre  
 Corra sobre un altar en estos sitios.  
 Mi amor no habia esperado vuestros ruegos,  
 Para haber vuestra vida defendido  
 De las sangrientas leyes de los dioses.  
 Mi resistencia omitiré deciros :  
 Creed en este amor, que os es tan cierto.



Aún anoche, bien se os ha podido  
 Informar por alguno, revocada  
 Dejaba la órden, que firmar se me hizo.  
 Sobre los intereses de los Griegos  
 Por vos estaba el triunfo conseguido.  
 De mi seguridad y de mi rango  
 Os hacia gustoso sacrificio.  
 El cielo no os dejó encontrar con Arcas,  
 Que la entrada en el campo iba á impedirlos.  
 Burlaron pues los dioses los cuidados  
 De este padre fatal, que en vano quiso  
 Patrocinar lo que ellos condenaban.  
 No confieis en mi débil poderío.  
 Quien de un pueblo atajar podrá el desórden,  
 Cuando á su torpe zelo sometidos  
 Dejándonos los dioses, le libertan  
 De un yugo que llevaba con fastidio?  
 Es forzoso ceder. Llegó vuestra hora,  
 Hija mia. A pensar pues os excito  
 En el rango eminente que os espera.  
 Un consejo, que apenas yo recibo,  
 Os doy, porque ese golpe que os amaga,  
 Mas que con vos, acabará conmigo.  
 Mostrad al espirar vuestro linage.  
 Haced que las deidades, que han querido  
 Ordenar vuestra muerte, se avergüencen.  
 Id pues, y que los Griegos que al suplicio  
 Os conducen, mi sangre reconozcan  
 Cuando correr de vos la hubiesen visto.

CLITEMNESTRA.

Sí, la sangre de Atreo y de Thyëste  
 En vos se reconoce, y desmentido  
 No habeis dejado tan fatal linage.  
 Verdugo de vuestra hija, no imagino  
 Qué mas podeis hacer, sino ofrecerla  
 En un festin horrible á mi apetito.

Bárbaro! es ese pues el holocausto  
 Tan feliz, que con tantos artificios  
 Vuestros cuidados preparando estaban!  
 Y qué! no ha vuestra mano contenido,  
 Cuando trazaba esa órden inhumana,  
 El horror de firmarla! Ese conflicto  
 Por qué, falaz, fingir á nuestra vista?  
 Quereis probar terneza con gemidos?  
 Donde están los combates que habeis dado?  
 Los arroyos de sangre, que ha vertido  
 Vuestra mano por ella, donde corren?  
 Qué reliquias aquí, como testigos  
 De vuestra resistencia, se presentan?  
 O qué campo de muertos aquí miro  
 Cubierto, que al silencio me condene?  
 Estos los monumentos son, impío!  
 Con que era necesario acreditar me  
 Que vuestro afecto libertarla quiso.  
 Un oráculo ordena que ella espire!  
 Pero quiere un oráculo decirnos  
 Todo lo que parece que nos dice?  
 Al cielo se honra con el homicidio?  
 Acaso el justo cielo está sediento  
 De la sangre inocente? Si el delito  
 De Helena en su familia se castiga,  
 Desde luego mandad, como es debido,  
 Que en Esparta se busque á Hermione su hija.  
 Dejad que á costa de ese sacrificio  
 La criminal esposa Menelao  
 Rescate, pues adora sus hechizos.  
 Mas qué furor de vos su víctima hace?  
 Por qué razon vos mismo habeis querido  
 Imponeros la pena de su crimen?  
 Y finalmente yo, por que motivo,  
 Despedazando mis entrañas, debo  
 Pagar de su pasion el desvarío

Con todo lo mas puro de mi sangre!  
 Qué! de vuestras hazañas precio digno  
 Os parece ese objeto de los zelos,  
 Esa Helena que tiene conmovidos  
 Los imperios del Asia y de la Europa?  
 Y cuantas ocasiones hemos visto  
 Sonrojados por ella nuestros rostros!  
 Antes que un lazo infausto hubiese unido  
 Con ella á vuestro hermano, ya Theseo  
 La habia robado del paterno asilo.  
 Vos bien sabeis, y os lo repite Cálcas,  
 Que por un himeneo clandestino  
 Fué admitido ese príncipe en su lecho,  
 Y que por fruto de él habia tenido  
 Una princesa, á quien la madre aparta  
 Del resto de la Grecia con sigilo.  
 Pero no, que el amor de vuestro hermano  
 Y su ultrajado honor, los menos vivos  
 Son entre los cuidados que os oprimen.  
 Esa sed insaciable de dominio:  
 El orgullo de ver á veinte reyes  
 Que os temen, y os tributan sus servicios;  
 Y todos los derechos del imperio  
 Confiados solamente á vuestro arbitrio,  
 Cruel! estos son los númenes á quienes  
 Sacrificais; y en vez de decidiros  
 A rechazar el golpe que os amaga,  
 Teneis por el contrario el ruin capricho  
 De hacer alarde de él bárbaramente.  
 Zeloso por demas de un poderío  
 Que se os puede envidiar, en negociarle  
 Por vuestra propia sangre andais activo;  
 Y á ese precio, espantar quereis la audacia  
 De cualquiera que intente sustituiros.  
 Es esto pues ser padre! Ah! ya se rinde  
 A esa traicion cruël todo mi juicio.

Entre la turba fiera, á un sacerdote  
 Extender hã de serle permitido  
 Sobre mi hija una mano delincuente,  
 Romper su pecho, y consultar prolijo  
 Al cielo en sus entrañas palpitantes!  
 Yo que en triunfo adorada la he traído,  
 Sola y desesperada he de volverme!  
 He de ver todavía los caminos  
 Perfumados de aquellas mismas flores,  
 Que á su paso se habian esparcido!  
 No, yo nõ la habré traído á esta ribera  
 Para ser inmolada, ó es preciso,  
 Que un doble sacrificio hagais á Grecia.  
 Ni temor ni respeto, yo os lo digo,  
 Tiene poder para apartarme de ella.  
 De mis brazos en sangre reteñidos  
 Arrancarla seria necesario.  
 Bárbaro esposo, padre incompasivo,  
 Osad arrebatársela á su madre.  
 Vos, hija, entraos, y á lo que os prescribo  
 Sed obediente por la vez postrera.

## ESCENA V.

AGAMENON, solo.

Contar con menos furia no he debido.  
 Hé aquí, hé aquí los gritos que oir temia.  
 Feliz con todo, si sus solos gritos  
 Tuviese que temer mi alma turbada.  
 Ay mísero de mí! habeis podido,  
 Dioses! dejarme un corazon de padre  
 Al dictarme un precepto tan estricto?

## ESCENA VI.

*Agamenon, Aquíles.*

AQUILES.

He escuchado un rumor bastante extraño,

Y le juzgo de fe muy poco digno.  
 Señor, se dice, sin horrorizarme  
 Ciertamente no puedo repetirlo,  
 Que hoy por vuestra órden Ifjenia espira :  
 Que sufocando la piedad vos mismo,  
 La entregareis por vuestra mano á Cálcas.  
 Se dice mas, que bajo el nombre mio  
 Invitada al altar, para que fuese  
 Inmolada, la guiara yo á ese sitio ;  
 Y que ambos á la vez, haciendo burla  
 De un himeneo falso, habiais querido  
 Encomendarme tan infame empleo.  
 Que decis vos, Señor? Cual es el juicio  
 Que debo yo formar? No hareis que calle  
 Un rumor para vos tan ofensivo?

AGAMENON.

Señor, no doy razon de mis intentos.  
 Hasta el presente mi hija no ha sabido  
 Mis soberanas órdenes, y cuando  
 Llegado hubiese el tiempo, que prefijo,  
 Para informarle de ellas, desde luego  
 Impuesto quedareis de su destino,  
 Y tambien instruiré de él á la armada.

AQUILES.

Su destino no me es desconocido.

AGAMENON.

Y ya que lo sabeis, por qué indagarlo?

AQUILES.

Por qué lo indago yo? Cielo divino!  
 Puedo creerlo, que haya quien se atreva  
 A ostentar un furor el mas inicuo?  
 Estais pensando que inmolar os deje,  
 Por vuestro odioso intento decidido,  
 Ante mis propios ojos á vuestra hija?  
 Imaginais que puedan consentirlo  
 Mi probidad, mi amor y mi decoro?

AGAMENON.

Pero olvidais á quien es dirigido  
Tal interrogatorio, vos que hablarme  
Osais en ese amenazante estilo ?

AQUILES.

Olvidais vos mi amor, y á quien se ultraja ?

AGAMENON.

Y quien de mi familia cargo os hizo ?  
Disponer no podré sin vos de mi hija ?  
No soy yo mas su padre ? Estais unidos  
Ya por el himeneo ? No puede ella....

AQUILES.

No, ya sobre ella no teneis dominio.  
No se me burla con promesas vanas.  
En tanto que de sangre algun residuo  
Corriere por mis venas, es forzoso  
Que unais toda su vida á mi destino.  
Yo sostendré por tanto mis derechos  
Sobre vuestra promesa establecidos.  
No es para mí que vos la habeis llamado ?

AGAMENON.

Culpad al cielo que me la ha pedido.  
A Cálcas acusad y al campo entero,  
A Menelao, á Ulíses y á vos mismo.

AQUILES.

A mí !

AGAMENON.

A vos sin duda que, abrazando  
La conquista del Asia con ahinco,  
Al cielo que os detiene en esta costa  
Estais amenazando de continuo ;  
A vos que habeis asi comunicado,  
De mis justos terrores ofendido,  
Vuestro furor á todo el campamento.  
Mi corazon os presentó un camino  
Para salvarla ; mas vuestras demandas,

Vuestra ansiedad por Troya solo han sido.  
Yo os habia cerrado el campo adonde  
Quereis correr. Vos lo quereis, partios.  
El va á quedar abierto con su muerte.

AQUILES.

Justo cielo! prestar atento oído  
Y sufrimiento puedo á este lenguaje?  
Es así que el baldon despreciativo  
Al perjurio se añade? Yo, yo á costa  
De su vida partir he pretendido?  
Qué me hizo á mí esa Troya adonde corro?  
Al pie de sus murallas qué bien sigo?  
Por qué motivo, sordo á los clamores  
De una madre inmortal, y los avisos  
De un padre desolado despreciando,  
Precipitado corro á los peligros;  
Y á buscar me apresuro allí una muerte,  
Que á su hijo tantas veces se ha predicho?  
Qué bajel, que saliese de la orilla  
Del Escamandro, nunca se ha atrevido  
A bajar á los campos tesalienses?  
Cuando en Lariza algun raptor indigno  
Fué á robarme á mi esposa ó á mi hermana?  
De qué puedo quejarme? Qué he perdido?  
Es, bárbaro, por vos que allá me parto:  
Por vos, con quien de todo compromiso  
Yo solo me hallo exento entre los Griegos:  
A quien hice nombrar nuestro caudillo;  
Y á quien mi brazo en la incendiada Lésbos  
Vengaros supo, cuando reünido  
Vuestro campo no estaba todavía.  
Qué mira congregándonos tuvimos?  
No vamos todos á entregar Helena  
A su esposo? De cuando acá se ha creído  
Que, inútil á mí mismo, yo me deje  
Despojar de una esposa, á quien estimo?

Vuestro hermano no mas tendrá derecho,  
 Al verse de una vil afrenta herido,  
 Para vengar su amor vilipendiado ?  
 Vuestra hija tuvo para mí atractivos :  
 Pretendí serle grato, y á ella sola  
 Mis juramentos fueron dirigidos.  
 Contento con su mano, embarcaciones  
 Armas, soldados, todo le ha ofrecido  
 A ella mi fe ; mas nada á Menelao.  
 Que el insista, si quiere, en el designio  
 De perseguir á su robada esposa :  
 Que busque una victoria, que el destino  
 A mi sangre no mas ha reservado.  
 Pero yo, que jamas á Helena he visto,  
 Que no conozco á Príamo ni á Páris,  
 A vuestra hija por premio habia querido,  
 Y solo concediéndoseme, parto.

AGAMENON.

Huid. A vuestra Tesalia restituios.  
 Yo mismo os vuelvo vuestro juramento.  
 Mil otros, á mis órdenes sumisos,  
 A cubrirse vendrán de los laureles  
 A vos únicamente prometidos ;  
 Y forzando con prósperas proezas  
 A la fortuna, encontrará su brio  
 De los Troyanos la fatal jornada.  
 De vuestro menosprecio tengo indicios,  
 Y, á lo que os oigo, juzgo á cuanta costa  
 Comprara yo vuestro socorro altivo.  
 El árbitro os haceis ya de la Grecia,  
 Y, segun vos decis, me han investido  
 De un quimérico título sus reyes.  
 De vuestro esfuerzo tan ufano os miro  
 Que todo deberia, si os creyese,  
 Marchar á vuestras leyes sometido,  
 Bajo ellas sucumbir, temblar ante ellas.



Cuando se sacá en cara el beneficio,  
 Por una ofensa se reputa siempre.  
 Mas obediencia y menos brio exijo.  
 Vuestro impotente enojo no me espanta.  
 Huid pues. Los lazos con que nos unimos  
 Desde este instante para siempre rompo.

AQUILES.

Debeis sin duda estar agradecido  
 Al solo lazo, que contiene mi ira;  
 Pues por Aquíles todavía es visto  
 El padre de Ifigenia con respeto.  
 Tal vez sin este título, el caudillo  
 De tantos soberanos á insultarme  
 Por la última ocasion se habria atrevido.  
 Si quereis entenderme, solamente  
 Una palabra tengo que deciros.  
 A vuestra hija y mi gloria al mismo tiempo  
 A defender estoy comprometido.  
 Para llegar al corazon que ansiando  
 Estais atravesar, he aquí el camino  
 Por donde vuestros golpes pasar deben.

ESCENA VII.

AGAMENON, solo.

Hé aquí lo que su mal hace efectivo.  
 Mi hija desamparada era temible;  
 Pero tu amor osado, que ha creído  
 Llenarme de pavor, ha apresurado  
 El mismo golpe que atajarle quiso.  
 No hay mas que hacer: su audacia despreciemos.  
 Mi gloria se interesa; ella ha vencido.  
 Aquíles amagando me resuelve.  
 Mi lástima de miedo daba indicios.  
 Ola! Guardias!

## ESCENA VIII.

*Agamenon, Euribates, Guardias.*

EURIBATES.

Señor.

AGAMENON.

Qué hacer intento ?

Puedo darles mandato tan impío ?

Cruel ! para qué combate te previenes ?

Una madre me espera, y madre osada,

Que á su hija prestará su patrocinio

Contra un padre inclemente y homicida.

Veré que, menos fieros que yo mismo,

Mis soldados respeten en sus brazos

A la hija de su rey. Enfurecido

Nos amenaza y nos desprecia Aquíles ;

Mas por eso se ve menos sumiso

El ánimo de mi hija á mis preceptos ?

Esta hija, procurando algun arbitrio

Para huir de las aras, se lamenta

Del golpe con que hierirla solicito ?

Pero que es lo que digo ? Qué proyecto

Mi sacrílego zelo ha concebido ?

Qué votos formaré cuando la inmoles ?

Enhorabuena, séanme ofrecidos

Los mas gloriosos premios ; qué laureles

Me fueran gratos en su sangre tintos ?

Aplacando á los númenes supremos,

Pretendo hacerme su poder propicio :

Ah ! qué dioses mas crueles me serian

Que yo mismo ? No puedo mas. Me rindo

Desde luego á la sangre y al afecto,

Y de ser justamente compasivo

No debo avergonzarme. Que ella viva.....

Pero qué ! de mi honor tan poco cuido,

Que he de ceder el triunfo al fiero Aquíles?  
 Su orgullo temerario, que así avivo,  
 Llegará á persuadirse que me ha impuesto  
 Un pánico terror, y que me humillo.  
 Mas qué vano rezelo me embaraza?  
 Tan exhausto de medios me imagino  
 Para abatir de Aquíles la osadia?  
 Que mi hija constituya su martirio:  
 El la ama, y ella vivirá para otro.  
 Euribates, id pues; y en nombre mio  
 Llamad á la princesa y á la reina.  
 Que cese su temor.

### ESCENA IX.

*Agamenon, Guardias.*

AGAMENON.

Si en el designio  
 De quitármela insiste vuestra saña,  
 Grandes dioses! qué pueden reunidos  
 Ante vosotros los endebles hombres?  
 Lejos de socorrerla, yo la oprimo  
 Con mi afecto: lo sé. Mas grandes dioses!  
 Bien vale semejante sacrificio,  
 Que se reiteren vuestras duras leyes,  
 Y que segunda vez me sea exigido.

### ESCENA X.

*Clitemnestra, Ifjenia, Erifila, Agamenon,  
 Euribates, Dóris, Guardias.*

AGAMENON.

Id, Señora, cuidado pues de su vida.  
 Os devuelvo vuestra hija, os la confío.  
 Precipitad sus pasos al momento

Distante de estos sanguinosos sitios,  
 Que mis guardias por Arcas comandadas  
 Os seguirán, pues bien me determino  
 A excusar su imprudencia venturosa.  
 Todo de la celeridad y del sigilo  
 Depende únicamente, pues ni Ulíses  
 Ni Cálcas hasta hora nada han dicho.  
 Que no se les revele esta partida ;  
 Y, ocultando vuestra hija, persuadido  
 El campo quede que os remito sola,  
 Y que ella permanece aquí conmigo.  
 Huid. Quieran las deidades, satisfechas  
 Con mi llanto, á mis ojos afligidos  
 No presentarla en dilatado tiempo.  
 Guardias, id de la reina en el servicio.

CLITEMNESTRA.

Ah, Señor !

IFIJENIA.

Ah, mi padre !

AGAMENON.

Contra el zelo

Del riguroso Cálcas prevenios.  
 Os digo que os marcheis en el instante.  
 Para auxiliarnos cuanto está en mi arbitrio,  
 Con fingidas razones mientras tanto  
 Procuraré tenerle entretenido.  
 Yo voy á suspender la infausta pompa,  
 Y á ver si, por lo menos, de él consigo,  
 Que me conceda el resto de este dia.

## ESCENA XI.

*Erifila, Dóris.*

ERIFILA.

Vámonos, Dóris, que otro es mi camino.

DORIS.

No las seguís.

ERIFILA.

En fin el triunfo es suyo.

Ya las resultas del afecto fino  
De Aquíles reconozco ; pero en vano  
No arrastraré conmigo este delirio.  
Dejemos los discursos. O perderla,  
O en la empresa morir es ya preciso.  
Yo corro á descubrirlo todo á Cálcas.  
Que sigas tras mis pasos te repito.

FIN DEL ACTO CUARTO.

## ACTO QUINTO.

### ESCENA PRIMERA.

*Ifjenia, Ejina.*

IFIJENIA.

Cesa de detenerme, Ejina. Vuelve  
A atender á mi madre, que ya es fuerza  
Aplacar el enojo de los dioses.  
Por esta infausta sangre, que se intenta  
Usurparles, advierte, qué borrasca  
A estallar se prepara. Considera  
La situacion en que la reina se halla.  
Mira tambien la oposicion que muestra  
El campamento entero á nuestra fuga;  
Y como por do quiera su insolencia  
Hace que á nuestros ojos de sus dardos  
Las afiladas viras resplandezcan.  
Nuestras guardias han sido rechazadas,  
Desmayada dejamos á la reina....  
Ah! ya esto es exponerla demasiado:  
No quieras oponerte á que huya de ella;  
Y, sin que espere aquí su auxilio inútil,  
De su deliquio aprovecharme deja,  
Pues mi padre, ay de mí! mi mismo padre,  
No es posible ocultártelo, que muera,  
Cuando salvarme quiere, determina.

EJINA.

Señora! como así? Qué nueva es esa?

IFIJENIA.

De Aquíles, que sin duda es muy ardiente,  
Ha recibido acaso alguna ofensa.

Sea como fuere, el rey, que le aborrece,  
 Pretende que tambien yo le aborrezca;  
 Y ese horroroso sacrificio, Ejina,  
 A mi sensible corazon ordena.  
 Por Arcas me ha explicado sus deseos:  
 Me veda que jamas á hablarle vuelva.

EJINA.

Ah, Señora!

IFJENIA.

Ah, sentencia rigurosa  
 E inaudita! Los dioses se contentan,  
 Mas apacibles, con mi sola vida!  
 Muramos pues, prestemos obediencia.  
 Mas á quien veo aquí? Dioses! Aquíles!

## ESCENA II.

*Aquíles, Ifjenia.*

AQUILES.

Venid, seguid conmigo, mi princesa.  
 No teneis que temer esa algazara,  
 Ni del pueblo, que en torno de esta tienda  
 Se apiña, la impotente muchedumbre.  
 Mostraos, y esas olas turbulentas,  
 Sin esperar mis golpes, al momento  
 A vuestra vista se abrirán serenas.  
 Patroclo con algunos otros gefes,  
 Que de mi comitiva no se alejan,  
 La flor de mis Tesalos os conduce.  
 Todo el resto inmediato á mis banderas  
 Se encuentra reünido, y de sus filas  
 Os brinda la invencible fortaleza.  
 A vuestros opresores ese asilo  
 Opongamos, y que á buscaros vengan  
 A las tiendas de Aquíles, si se atreven.  
 Pero, Señora, qué! de esta manera

Es que vos me auxiliáis en mi designio ?  
 Lágrimas solas son vuestra respuesta ?  
 En tan débiles armas todavía  
 Quereis confiaros ? No, démonos prisa :  
 Vuestro padre ya ha visto vuestro llanto.

IFIJENIA.

Lo sé, Señor, y así solo me alienta  
 De mi cercana muerte la esperanza.

AQUILES.

Vos morir ! Ah ! ni lo digáis siquiera.  
 Se os acuerda cual es el juramento  
 Que á los dos mutuamente nos empeña ?  
 Para cortar inútiles discursos ;  
 No sabéis que de Aquíles se sustenta  
 Toda la dicha en vuestra sola vida ?

IFIJENIA.

El cielo no ha querido á la existencia  
 De esta infeliz unir vuestra ventura.  
 Nuestro amor nos burlaba, pues decreta  
 El destino, que un fruto de mi muerte  
 Vuestra felicidad futura sea.  
 Pensad, Señor, pensad en los laureles  
 Que vais á recoger, y que presenta  
 A esas valientes manos la victoria.  
 Ese campo glorioso por que anhelan  
 Todos los Griegos, para vos estéril  
 Quedará, si mi sangre no le riega.  
 Tal es la ley que en nombre de los dioses  
 A mi padre, Señor, ha sido impuesta.  
 En vano, sordo á Cálcas, rechazarla  
 Se propuso. Sus órdenes eternas  
 Por la voz de los Griegos, conjurados  
 Contra mí, demasiado se interpretan.  
 Partid, que á vuestra gloria por mi causa  
 Obstáculos no pocos se acarrean.  
 De esos vuestros oráculos vos mismo



Desempeñad la fe, mostrando á Grecia  
 El héroe prometido, y convirtiendo  
 Contra sus enemigos vuestra pena.  
 Ya Priamo empalidece, y Troya en arma  
 Teme mi pira, á vuestro llanto tiembla.  
 Id pues, y haced que en sus murallas, libres  
 De ciudadanos, por mi muerte viertan  
 Copioso llanto las Troyanas viudas.  
 Muero en esta esperanza satisfecha  
 Y con tranquilidad, pues si de Aquíles  
 No he podido vivir la compañera,  
 Espero, que á lo menos un dichoso  
 Porvenir, juntará á vuestras proesas,  
 Para siempre inmortales, mi memoria.  
 Y que mi muerte, de la gloria vuestra  
 Siendo el origen, abrirá algun dia  
 La relacion de historia tan egregia.  
 Príncipe, adios. Vivid, estirpe digna  
 De los dioses.

#### AQUILES.

No admito esa funesta  
 Despedida. Servir á vuestro padre  
 En vano quiere vuestra cruel destreza,  
 Engañando mi amor con tal discurso;  
 Y en vano ansiais, á perecer resuelta,  
 Interesar mi gloria en vuestra muerte.  
 Las honras, las conquistas, las cosechas  
 De laureles, mi mano, cuando os sirve,  
 Sin la menor fatiga las encuentra.  
 Y quien de mi favor querria honrarse,  
 Si libraros del riesgo no pudiera  
 Mi próximo himeneo? Asi mi gloria  
 Y mi amor que vivais os aconsejan.  
 Creerlos, y seguirme es necesario.  
 Venid, Señora.

IFIJENIA.

Quien? Que yo merezca

La misma muerte, que á evitar iria,  
Osando á un padre declararme opuesta!  
Donde estaria entónces el respeto  
Y ese sumo deber?....

AQUILES.

Seguir se os viera

A un esposo aprobado por él mismo,  
Título que robarme en vano intenta.  
Para violarse son los juramentos?  
Mas vos misma á quien una tan severa  
Obligacion retiene, contestadme,  
No es vuestro padre cuando á mi os entrega?  
O solo sus mandatos absolutos  
Quereis seguir, cuando de serlo cesa,  
Y al momento en que ya no os reconoce?  
Pero en fin, mi princesa, ya es extrema  
Nuestra tardanza; y mi temor acaso....

IFIJENIA.

Qué! Señor! empleareis aun la violencia?  
De un culpable trasporte arrebatado,  
Poner el colmo á mi desgracia os viera?  
Menos mi honra estimarais que mi vida?  
Ah, Señor! á la mísera Ifjenia  
Perdonad. Para mí ya es demasiado  
Escucharos, hallándome sujeta  
A leyes que han pedido mi respeto.  
Vuestra injusta victoria se contenga,  
O por mis propias manos, inmolada  
A mi gloria, sabré quedar exenta  
En tal extremidad del peligroso  
Auxilio, que por vos se me dispensa.

AQUILES.

Hé bien! no hablemos mas sobre el asunto.  
Obedeced, cruël; y pues tan bella

Os parece esa muerte, id á buscarla.  
 Un corazon, en que entrever se deja  
 Menos respeto para vuestro padre,  
 Que saña para mí, llevadle apriesa.  
 Vos vais para el altar, y yo allá corro.  
 De mi alma un justo enojo se apodera;  
 Y si el cielo, Señora, se halla ansioso  
 De muertos y de sangre, estad muy cierta,  
 Que jamas sus altares tanta sangre  
 Habrán humeado, pues mi amor me ciega,  
 Y legítimo todo habrá de serme.  
 Cálcas será la víctima primera.  
 Por mis manos la pira hecha pedazos  
 Y derribada, se verá dispersa  
 En la sangre nadar de los verdugos.  
 Si en medio de esa confusion horrenda  
 Herido vuestro padre pereciere,  
 Viendo entónces las tristes consecuencias  
 De esa piedad, por vos reconocidos  
 Serán los golpes, que por vos se ordenan.

IFIJENIA.

Ah, Señor! Ah, cruël!.....Pero él me evita.  
 O tú, por quien mi muerte se decreta,  
 Heme aquí sola, hiere; justo cielo,  
 Pon término á mi horror y á mi existencia,  
 Y lanza solo contra mí tus rayos!

### ESCENA III.

*Clitemnestra, Ifjenia, Euribates, Ejina,  
 Guardias.*

CLITEMNESTRA.

Sí, de vosotros, de la armada entera  
 He de saberla defender. Cobardes!  
 Haceis traicion á vuestra reina opresa!

## EURIBATES.

No, Señora; mandadme que obedezco.  
 Combatiremos á presencia vuestra,  
 Y á vuestros pies espiraremos todos.  
 Mas qué esperar podeis de la flaqueza  
 De nuestras manos? Quien contra enemigos  
 Tan numerosos os dará defensa?  
 No es ese un vano pueblo amotinado;  
 Es todo el campo que cegarse deja  
 De un zelo infausto. No hay misericordia.  
 Cálcas es el que reina, el solo impera.  
 Su ofrenda la piedad severa exige.  
 El rey, que ve su autoridad depuesta,  
 Nos manda que cedamos al torrente.  
 Aquíles á quien todo se prosterna,  
 Aquíles, vanamente intentaria  
 Oponer su corage á esta tormenta.  
 Que podrá adelantar? Y quien, Señora,  
 Las olas de enemigos, que dispuestas  
 A rodearle están, disiparia.

## CLITEMNESTRA.

Que vengan pues á hacer en mi la prueba  
 De ese su zelo impío, y que me arranquen  
 Este poco de vida, que me queda!  
 La muerte es quien podrá, la muerte sola  
 Separarnos, rompiendo la cadena,  
 Que para unirnos, formarán mis brazos.  
 De mi alma el cuerpo separado sea,  
 Antes que yo permita.....Ah, hija mia!

## IFIJENIA.

Ah, madre mia! bajo qué planeta  
 Tan riguroso habeis echado al mundo  
 Al objeto infeliz de esa terneza?  
 Mas qué podeis hacer en nuestro estado?  
 Combatireis al cielo y á la tierra?  
 Os expondreis á un pueblo enfurecido?

En un campo que al rey se le rebela  
 No pretendais ir, sola en retenerme  
 Vanamente ostinada, y con afrenta  
 Violentada tal vez por los soldados,  
 A ofrecer á mis ojos una escena  
 Mas cruël que el morir; pero que el fruto  
 De vuestro deplorable esfuerzo fuera.  
 Id; y dejad que de una vez los Griegos  
 Su obra consumen; y de tan funesta  
 Ribera retiraos para siempre.  
 La llama de la pira, que me espera  
 Demasiado vecina de este sitio,  
 Vuestrá vista heriria muy de cerca.  
 Y si me amais, por ese amor de madre  
 Voy á pedirós la última fineza:  
 Nunca á mi padre reprocheis mi muerte.

CLITEMNESTRA.

Que no se la reproche á quien la ofrenda  
 De vuestro corazon presenta á Cálcas?

IFIJENIA.

Para volverme á vuestras ansias tiernas  
 Qué ha dejado de hacer?

CLITEMNESTRA.

Qué entretenida  
 Me tuvo el cruel con la traicion mas negra!

IFIJENIA.

El me cede á los númenes de quienes  
 Me ha obtenido. Mi suerte no se lleva  
 Tras sí de vuestros fuegos todo el fruto.  
 De ese amor otros vínculos os quedan.  
 En Orestes mi hermano vuestros ojos  
 A verme volverán. El cielo quiera,  
 Ay de mí! que no os sea tan funesto!  
 Oid los gritos de un pueblo en impaciencia.  
 Dignaos pues, Señora, recibirme  
 En vuestros brazos por la vez postrera,

Y recobrando la virtud sublime....  
Euribates, aquí teneis dispuesta  
La víctima: á las aras conducidla.

#### ESCENA IV.

*Clitemnestra, Ejina, Guardias.*

CLITEMNESTRA.

Ah! no, sin mí no ireis, y no es mi empresa....  
Pero una multitud me ataja. Aleves!  
Saciad la sed de sangre, que os aqueja.

EJINA.

Donde correis, y que intentais, Señora?

CLITEMNESTRA.

Ay de mí! que de nada me aprovechan  
Estos esfuerzos en que me consumo;  
Y de una turbacion horrible apenas  
Me he libertado, cuando en otras entro.  
Moriré tantas veces, sin que pueda  
De la vida salir?

EJINA.

Sabeis, Señora,  
Quien os traiciona, y qué serpiente fiera  
Ifjenia en su seno habia abrigado?  
Erifila, que ha sido á estas riberas  
Por vos misma traída, vuestra fuga  
Ha dejado á los Griegos descubierta.

CLITEMNESTRA.

O monstruo que han lanzado en nuestros brazos  
Los infiernos! O monstruo que Megera  
En sus negras entrañas ha llevado!  
Qué! posible será que tú no mueras!  
Qué! para castigar su atroz delito....  
Mas adonde una víctima mis penas  
Van á buscar? O mar, para tragarte  
Ese millar de naves y con ellas

Los Griegos, no abrirás nuevos abismos !  
 Y qué! cuando, arrojándolas afuera  
 Del puerto que las guarda, Aulide hubiese  
 Vomitado una armada tan perversa,  
 Los vientos, esos vientos que hace tiempo  
 Se acusan, de estas naves ya desechas  
 No cubrirán tus encrespadas olas!  
 Y tú, ó sol, y tú que en esta tierra  
 Reconoces de Atreo al heredero  
 Y al hijo sin disfraz, tú, que la fiesta  
 Del padre á iluminar no te atreviste,  
 Retrocede, pues ellos esa senda  
 Tan funesta han sabido señalarte.  
 Pero entretanto, o cielo! o madre llena  
 De desventura! mi hija, ya ceñida  
 De festones odiosos la cabeza,  
 Extiende la garganta á los puñales,  
 Que por su padre preparados fueran.  
 Ya Cálcas va en su sangre....Deteneos,  
 O bárbaros! esa es la sangre egregia  
 Del dios potente que maneja el rayo.  
 Retumba el trueno ya, la tierra tiembla.  
 De una deidad terrible en su venganza  
 Los fieros golpes por do quier resuenan.

## ESCENA V.

*Clitemnestra, Arcas, Ejina, Guardias.*

ARCAS.

No lo dudeis, un dios por vos combate,  
 Señora; pues Aquíles que se presta  
 A vuestros ruegos, ha roto de los Griegos  
 Las demasiado débiles barreras,  
 Y en el altar se encuentra en este instante.  
 Cálcas con lo que debe hacer no acierta.  
 Y el fatal sacrificio está suspenso.

Se amenaza, se corre, se atropella :  
 El aire gime, y los aceros brillan.  
 En tanto Aquíles cerca de Ifjenia  
 Coloca á sus amigos, que dispuestos  
 A perecer están en su defensa.  
 El triste Agamenon, que no se atreve  
 A autorizar este acto, ó porque quiera  
 No ver los homicidios que presagia,  
 O por tener sus lágrimas secretas,  
 El rostro se ha cubierto con un velo.  
 Venid, pues que él se calla, y la asistencia,  
 Que vuestro defensor brindaros quiere,  
 Por los discursos sostenida sea.  
 El mismo en vuestros brazos á su amante  
 Poner con su sangrienta mano anhela.  
 El mismo me ha encargado de guiaros,  
 Nada debeis temer.

CLITEMNESTRA.

Quien? Yo? Que tema!  
 Ah! corramos mas bien, Arcas querido.  
 El riesgo mas horrible no me arredra.  
 Yo iré por todas partes. Pero dioses!  
 No es este Ulíses? Sí. Pues mi hija es muerta.  
 Detengámonos, Arcas; ya no es tiempo.

### ESCENA ULTIMA.

*Ulises, Clitemnestra, Arcas, Ejina, Guardias.*

ULISES.

No, viva está vuestra hija, y satisfechas  
 Las deidades han sido. Recobraos,  
 Que el cielo á devolvéros la se presta.

CLITEMNESTRA.

Ella vive ! Y sois vos quien me lo dice !

ULISES.

Sí, Señora, yò soy, yo que creyera



Por largo tiempo que afirmar debia  
 A vuestro esposo contra vos, contra ella.  
 Yo soy quien, del honor de nuestras armas  
 Zeloso, por austeras advertencias  
 He motivado vuestro amargo llanto,  
 Y soy quien vengo á reparar las penas,  
 Que os he causado; pues en fin, Señora,  
 La ira del cielo apaciguada queda.

CLITEMNESTRA.

Se me devuelve á mi hija! Ah rey! O cielo!  
 Qué milagro, Señor, qué dios lo ordena?  
 Yo permanezco inmóvil y confusa.

ULISES.

Pues ved mi situacion, que no es diversa.  
 De mi en tan bello instante la alegría  
 El horror y el asombro se apoderan.  
 Nunca un dia se vió que pareciese  
 De mas fatalidad para la Grecia.  
 Ya la discordia, enseñoreando el campo,  
 Habia ceñido con su infausta venda  
 Todos los ojos, y del rompimiento  
 Dado asimismo la señal funesta.  
 De ese horrible espectáculo asombrada  
 Vuestra hija, á Aquíles de su parte veia,  
 Y contra ella la armada convertida.  
 Mas aunque solo Aquíles, su fiereza  
 Hacia que la armada se espantase,  
 Y que entre sí los dioses disintieran.  
 Ya, rompiendo los aires, se elevaban  
 Por todas partes nubes de saetas;  
 Ya corria la sangre por primicias  
 De la matanza, cuando se presenta  
 Cálcas en medio de los combatientes.  
 Erizada mostró su cabellera,  
 Su vista era feroz, su aire sombrío.  
 Terrible, y con el alma toda llena

Del númen que sin duda le agitaba,  
 Al campamento habló de esta manera.  
*Vos, dijo, Aquíles, y vosotros, Griegos*  
*Que me escuchais, el dios que por mi lengua*  
*Hora os habla, su oráculo me explica:*  
*Su eleccion á mi espíritu revela.*  
*Debe ser inmolada en esta costa*  
*Otra sangre de Helena, otra Ifigenia,*  
*La cual aquí dejar debe la vida.*  
*Secretamente unido con Helena*  
*Theseo, suceder el himeneo*  
*Hizo á su rapto, y de él una doncella,*  
*Que su madre ha ocultado, el fruto ha sido.*  
*Ifigenia su nombre tambien era.*  
*Yo mismo entónces vi de sus amores*  
*El clandestino fruto, y su existencia*  
*De un porvenir siniestro amenazara.*  
*Sus propias furias y su suerte negra*  
*Bajo un supuesto nombre aquí la han traído.*  
*Ella me vé, me escucha, y en presencia*  
*De vosotros está. Por fin los dioses*  
*No exigen otra víctima, sino á ella.*  
 Asi habla Cálcas. Todo el campo inmóvil  
 Le escucha con pavor, y pone atenta  
 La vista en Erifila, que se hallaba  
 Cercana del altar, tal vez molesta  
 Por que tardaba el triste sacrificio.  
 Ella misma con súbita carrera  
 A anunciar á los Griegos vuestra fuga  
 Hace poco que fuera. Se ponderan  
 En secreto su suerte y su linage.  
 Mas su muerte con Troya se compensa:  
 Contra ella á gritos se declara el campo,  
 Y dicta á Cálcas su mortal sentencia.  
 Ya Cálcas se previene para asirla.  
*Detente, le dice ella, no te atrevas*

*A acercarte. La sangre de esos héroes,  
De que me haces tú propio que descienda,  
Sabrá verterse sin tu mano impía.*

Sobre el próximo altar furiosa vuela,  
Toma el sacro cuchillo, y se abre el pecho.  
Apenas á correr su sangre empieza,  
Y á enrojecer la tierra, cuando el trueno  
Oír sobre el altar los dioses dejan.  
Zumba el aire agitado por los vientos,  
Y la mar con bramidos le contesta:  
Muge á lo lejos la argentada costa:  
Por sí se enciende el fuego de la hoguera:  
El cielo con relámpagos relumbra,  
Y entreabriéndose á todos nos alienta  
Por un santo pavor que nos infunde.  
Los soldados atónitos protestan,  
Que Diana descendió sobre la pira  
En una nube, estando en la creencia  
Que, ascendiendo la diosa por en medio  
De las llamas despues, nuestras ofrendas  
Y nuestro incienso conducia al cielo.  
Todos para salir de aquí se aprestan.  
Ifjenia no mas á su enemiga  
En la felicidad comun lamenta.  
Venid á recibirla de las manos  
Del mismo Agamenon, nada os detenga.  
Aquíles y él de vuestra vista ansiosos,  
Y por siempre los dos de inteligencia,  
Pretenden confirmar su alianza augusta.

CLITEMNESTRA.

Qué premio puedo dar en recompensa  
O cielo! á Aquíles, y con qué alabanzas  
Dejaré tus bondades satisfechas?



